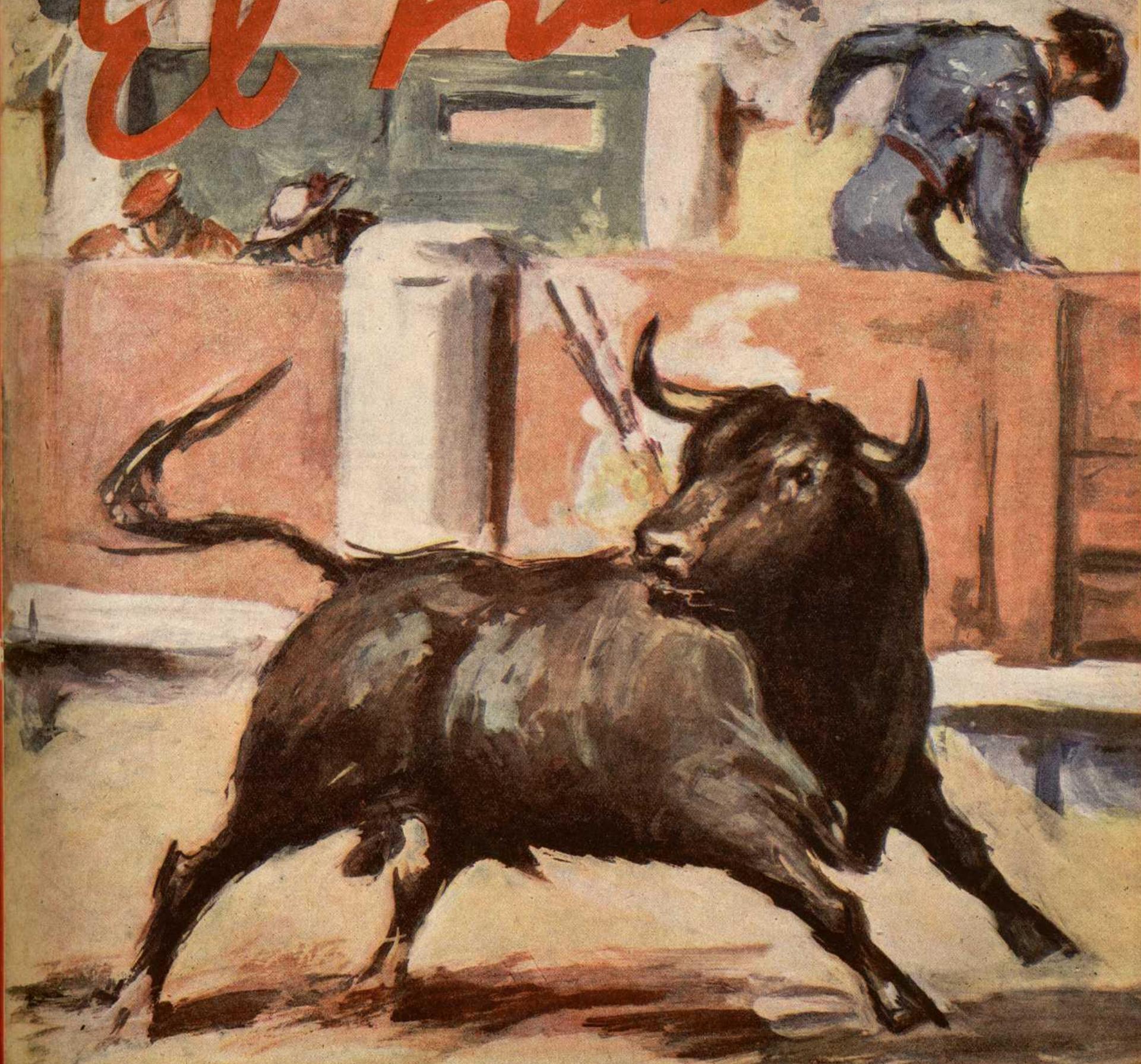


El Ruedo

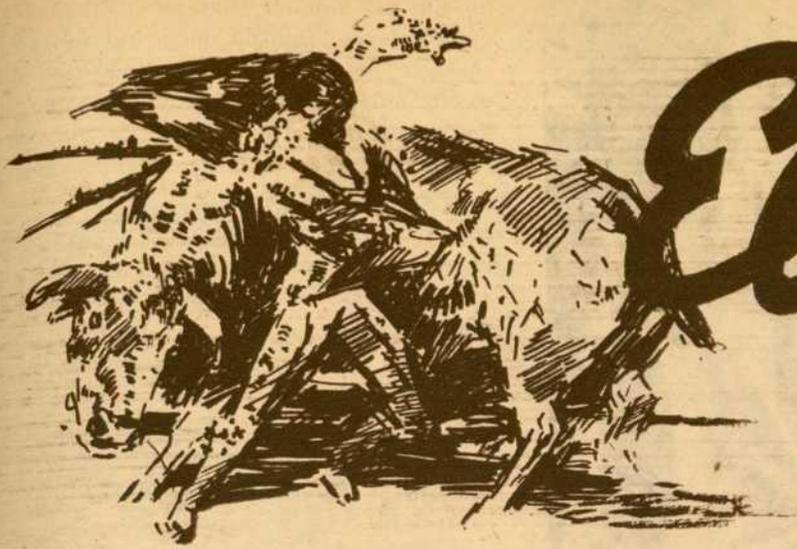


2
Ptos.

GAVEDRA



Cayetano Sanz



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año III - Madrid, 26 septiembre 1946 - N.º 118



LA vida del toro, en lo que ella tiene de espectáculo, es cosa bien efímera. Señalan las manecillas del reloj de la Plaza las seis en punto, y hecho el paseo de las cuadrillas, y cumplidos los trámites con que el alguacilillo entrega las llaves de toriles, rasgan el aire los sonidos agudos de los timbales.

Todos los ojos se han vuelto hacia el portón y el portón se ha abierto. El toro asoma su testuz poderosa y su mirada inquieta a la luz cruda que baña el redondel. Se estremece un instante, cornea el aire cargado de sol y de pasión, y arremete con ímpetu a un capotillo rojo que flamea a lo lejos.

Luego, burlado ya en su inicial acometida, corretea veloz, con la alegría acaso de creerse libre tras el largo encierro... Pero los peones, artesanos de un arte maravilloso y único, lo persiguen y acosan. Tanto, que una tarde de feria le oímos gritar a Ortega:

—¡Dejar correr al toro...! ¡Dejarlo, que no se va de la Plaza...!

Y es cierto. El toro no se va de la Plaza, porque si se ausentara no habría fiesta, y para que se quede allí, y tenga que aceptar la pelea, se ha inventado la valla.

Porque el toro es valiente. Y su fiereza le hace acometer y buscar la pelea, y creerse al castigo, y no rendirse, sino cuando velan sus ojos esas tellas blancas que los enturbian en el estado agónico.

Decía el Padre Laburu que el toro embiste porque le acosan y su instinto le lleva a cornear aquel obstáculo que se le opone y le impide permanecer tranquilo. Ello es cierto, y se desprende así de la vida que hace el toro en el campo. Pero lo que es admirable en este animal es que su furia, y su casta bravísima, le lleven a acometer a aquello que le hiere y le desangra, sin rehuir la pelea, buscándola muchas veces, volviendo sobre el grupo de piquero y caballo, con el morrillo tinto en sangre y los músculos rotos.

—¡Dejar que corra el toro...! ¡Que corra, que no se va de la Plaza...!

No se va de la Plaza. Ha sa lido a ella para morir, y su vida —tan efímera que sólo dura de veinte a veinticinco minutos!— transcurre en pelea constante y en lucha heroica, que da motivo al arte del torero, basado todo él, precisamente, en la nobleza de esta res que por brava y valiente es noble con largueza.

Los lances pintureros y la gracia de los artistas, relucientes de caireles de oro, impiden a los espectadores —preso su afán en esta lucha de la vida y la muerte, del arte y la bravura— apreciar cómo el toro, pujante hace tan sólo unos minutos, va perdiendo su vida en las rosas de sangre que brotan del morrillo y llegan hasta las pezuñas. Y al fin, en un lapso de tiempo que no excede de los veinte minutos, aquel fiero animal lleno de vida es sólo un cuerpo inerte que arrastran las mullas, en un paseo trágico restallante de látigos, bamboleando su enorme mole al galope vibrante de las mulas, y a veces con la corona póstuma de unos aplausos y una vuelta al «ralenti» por la arena caliente, que fué escenario de su sacrificio magnífico...

LAS PUYAS

TOCA la temporada taurina a su fin, si bien por la muestra de la corrida de Beneficencia, y otras que se anuncian en la Plaza de Madrid, así como por las pocas ferias aun pendientes, como las muy prestigiosas de Logroño, Jaén y Zaragoza, aun nos quedan por ver sucesos taurinos interesantes. Pero no creo que contradirán las observaciones que el curso de la temporada nos han sugerido a cuantos hemos seguido con atención su desarrollo.

Un tema que siempre habrá de estar sobre el tapete es el tan debatido de las puyas, si bien este año los toros han tenido más poder, y en muchos casos más edad, y el problema no ha presentado por ello los caracteres agudos que en temporadas anteriores. Con todo, un aficionado espectador de muchas corridas no puede menos de sacar este tema a plaza y llamar la atención de las autoridades y de cuantos intervienen en la fiesta. Yo sé que tal asunto en el toreo es los verdaderos Balcanes de la fiesta, y por tanto, un hervidero de intereses, pasiones y preocupaciones; pero también las del aficionado que sostiene (¡y a qué precio!) la fiesta debe contar, y a ellas brindo las consideraciones que siguen.

La actual puya, la puya con que hoy pican los picadores, representa un "estado" de este instrumento de la lidia que corresponde a un determinado momento de su evolución. La puya actual es un elemento que parece inviolable, de una suerte en la que han variado todos los términos en que estaba planteada. Tan sólo ella pretende mantenerse incommovible. El peto de los caballos y el poder de los toros han sido los dos elementos capitales que han convertido a la puya actual en arma anacrónica e inadmisibles. Al toro con fuerza y al caballo indefenso, y por tanto al picador en riesgo, correspondían unas dimensiones y una capacidad de castigo proporcionados. Pero hoy es notorio (y para mí satisfactorio y celebrado) el relativo riesgo del picador, y en cuanto al toro, baste la observación de que el quite, el más emocionante y caballeroso lance de la lidia, ha cambiado de objetivo, y hoy el quite se hace al toro, que es el que, en la pugna con el picador, está en verdadero peligro. Hoy el quite no es necesario, salvo excepciones, para proteger al picador, sino para proteger al toro. ¿Por qué ante este hecho, que nos muestra todo el cambio que el toreo ha sufrido, lo único que ha de permanecer intangible ha de ser la puya?



José María de Cossío

Al hacer esta indicación, yo no trato de que no se pique a los toros; y sé bien que sin estar bien picados no es posible torearles como ahora exigen los públicos que se toreen, ni aun dominarles como siempre ha sido norma del toreo procurar. Yo pido a la reforma de la puya que haga posible el que el castigo del toro se haga gradualmente y no pueda surgir el incidente o accidente de salir inválido del arma del picador. Si muchos toros "se han ido para arriba" por falta de castigo, son más, muchos más, los que se han ido demasiado para abajo por exceso de castigo brutal y han hecho malograrse una gran faena o verificarse sin que el aficionado que la presencie la conceda importancia alguna. Al toro se le debe quebrantar, pero sin llegar al grado, que hoy tan fácilmente se supera, de convertirle en animal compasible e inofensivo, renqueante y mortecino, que anula todo efecto dramático en fiesta cuya jerarquía consiste precisamente en serlo.

Ahora bien: una reforma de la puya debe ser cosa meditada y sometida a prueba antes de intentarse imponer reglamentariamente. Lo de menos es la longitud de lo que en la puya es castigo. Lo esencial es que no puede entrar ni un milímetro más de lo señalado, aunque en lo señalado deba tenerse la máxima generosidad. Cuando a las puyas actuales se las equipara con la lanza, se hace, no por su hierro, sino por la posibilidad de que entre con él el asta.

Nada más ridículo que saber por el Reglamento que la puya, entre otras condiciones, debe tener 29 milímetros de larga, y presenciar todos los días que penetra en el toro por decímetros. Esta paradoja, que desprestigia la fiesta, debe acabar. Yo prefiero que el Reglamento prescriba que ha de tener veinte centímetros de larga; pero que se garantice que no ha de entrar más que los veinte centímetros.

Al hacer estas sugerencias quiero tan sólo llamar la atención de los técnicos de la fiesta y de cuantos se interesen por estos problemas sobre la necesidad de poner remedio a este abuso, que desprestigia la fiesta y resta interés al arte de los diestros de a pie. Si esta indicación mía es recogida, nos dispondremos a oír opiniones sobre el caso, y en último término yo expondré la mía, pues también yo he reflexionado sobre el tema y llegado a conclusiones que no me atrevo a predecir que sean válidas sin contrastarlas antes con las de los demás, y sobre todo con lo que puede mostrarnos la experiencia, que en este tiempo, muerto para la fiesta, podría hacerse con garantía de enseñanza y acierto.

JOSE MARIA DE COSSIO



N. de la D.—Estamos seguros de que, a esta llamada que hace Cossío con las líneas que anteceden, han de acudir los elementos todos que han asociado su interés al de la fiesta.

El nombre prestigioso de José María de Cossío y la noble ambición que encierra este artículo son alicientes sobrados para que esta encuesta que él abre, y a la que **EL RUEDO** ofrece gustosamente sus páginas, sea un desfile brillante de meditados y autorizados juicios. Si al final de ella se logra llegar a una conclusión eficaz y adecuada, la fiesta de toros y el primer tercio de la lidia deberán a José María de Cossío un servicio más en la estela innumerable que la pluma del gran escritor ha ido trazando.

Seis brindis al CAUDILLO

los millares de pechos españoles que atestaban los graderíos prorrumperon en el mismo grito jubiloso. Después supimos que la multitud que rodeaba la Plaza y los apretados grupos que se disponían a escuchar el curso de la corrida ante los aparatos de radio, se sumaron fervorosamente con sus aplausos y sus voces al apoteósico recibimiento que se le tributó al Jefe del Estado. Millares de ojos extranjeros lo vieron, y a Dios y a Santa Lucía pedimos que les conserve la vista que tuvieron abierta a la verdad de aquel amoroso y enardecido brindis del pueblo a su Caudillo.

Don Alvaro de Domecq, caballerosa estampa andaluza, tras cortés reverencia, alzó el ancho sombrero y gritó con orgullo su brindis, que halló rápida y clara forma en estas palabras: **Por Su Excelencia el Caudillo de España y por la nación más grande del mundo.**

No es la foto de Gitanillo de Triana la correspondiente a su brindis, sino la del momento en que volvió ante el palco del Caudillo después de la brillante faena que acababa de hacer a su primer toro. Se nos ha escapado el documento gráfico de su brindis, en el que dijo escuetamente, con voz que apagaba una inevitable timidez: **Por nuestro Caudillo y por España.** Luego, tras la faena, repuesto ya de su gran emoción, Gitanillo saluda y sonríe a Franco. Entonces, de haber sido oportuno, podría haber pronunciado un discurso.

El torero de Córdoba caminó hacia el palco presidencial pausado y solemne, se inclinó respetuoso y dijo: **Tengo mucho gusto en brindar este toro a nuestro Caudillo.** La sencillez de la frase no requiere sin duda preparación alguna, y, sin embargo, se adivina a Manolete pensándola y amarrándola en su memoria, porque él lo que quiere decir a S. E. con toda claridad es precisamente lo que puede parecer superfluo, lo de **«tengo mucho gusto».** Nada de cumplidos rituales, sino el propio sentimiento le manda. Y él quiso decirlo.

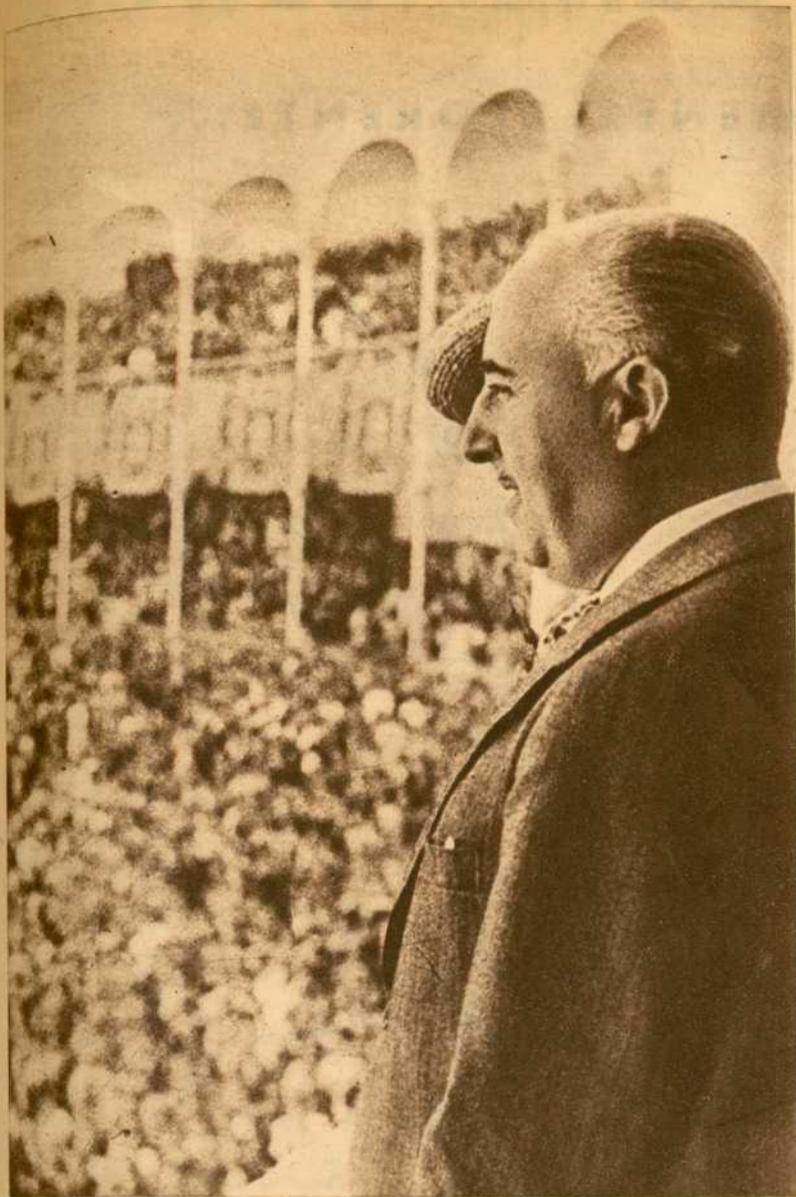
¿Ha visto alguien a Antonio Bienvenida pronunciar un brindis sin abrir su franca sonrisa al brindado? Creemos que no; pero vedlo esta vez serio y hasta grave. Parecería militarmente cuadrado, y acaso estaría si el rito no le obligase a la clásica postura de los brazos. Su voz sonó fuerte, como la de un recluta al jurar la bandera: **Brindo por nuestro Caudillo. ¡Viva España! ¡Viva Franco!**

De Luis Miguel Dominguín escribí hace bastante tiempo, para salir al paso de quienes le llamaban niño: «No importa; este niño de hoy será mucho antes torero que hombre.» Y es que a Luis Miguel se le veía que llevaba todo metido en la cabeza. Y ahora más todavía. Con la cabeza ordena Luis Miguel todos sus movimientos. Hasta manda a su corazón que no altere su ritmo, ni ante el mayor peligro ni ante la mayor emoción. Por eso pudo discurrir y decir algo expresivo de su sentimiento con una imagen hallada en su propia profesión: **Excelencia: voy a brindar la muerte de este toro a quien de verdad tiene la mejor muleta de España.**

Y así Franco, al mediar la histórica corrida de Beneficencia, había recibido los brindis fervorosos y emocionados del público y los cinco protagonistas del espectáculo.

Y nosotros, agrupando en un manojo los seis brindis, brindamos también: Por que Dios y Santa Lucía conserven la vista a los millares de ojos extranjeros que estaban abiertos aquella tarde a la verdad de España.—JULIO FUERTES

(Fotos Santos Yubero.)

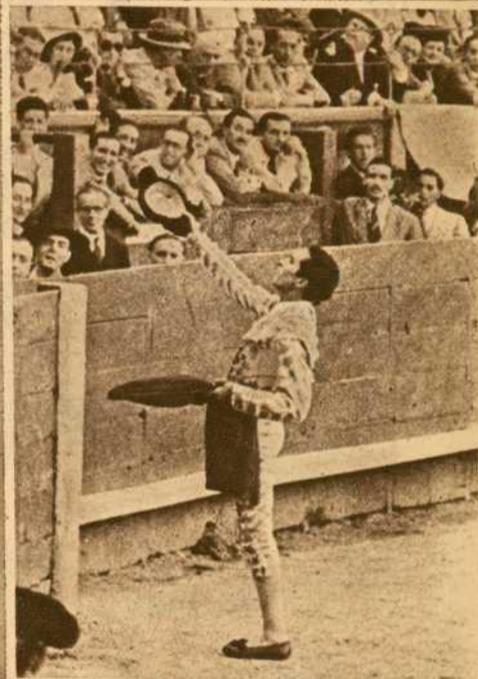


El Caudillo, rostro atezado y gesto sonriente, recibe el homenaje fervoroso de su pueblo en la corrida de Beneficencia, a la que dió realce y brillo esta presencia del Jefe del Estado

UNO de los más bellos perfiles de la excepcional corrida de Beneficencia, celebrada el jueves último, fué motivado por la presencia del Caudillo, que provocó seis brindis gozosos y emocionados de los que queremos dejar constancia en estas páginas de EL RUEDO por el mismo riguroso orden en que se produjeron.

El primer brindis estuvo a cargo del pueblo; de los espectadores que llenaron la Plaza y de los espectadores potenciales que se quedaron fuera. Y ocurrió así:

Dos minutos antes de la hora señalada para comenzar el espectáculo, S. E. el Jefe del Estado hizo su aparición en el palco presidencial. Aquello fué emocionante. El público, en pie, rompió en una ovación en la que cada palmada sonaba por tres. Las manos parecían agitadas a motor y chocaban unas con otras hinchada y gozosamente. De un pecho salió estentórea la voz de «¡Franco!» y



Luis Miguel Dominguín



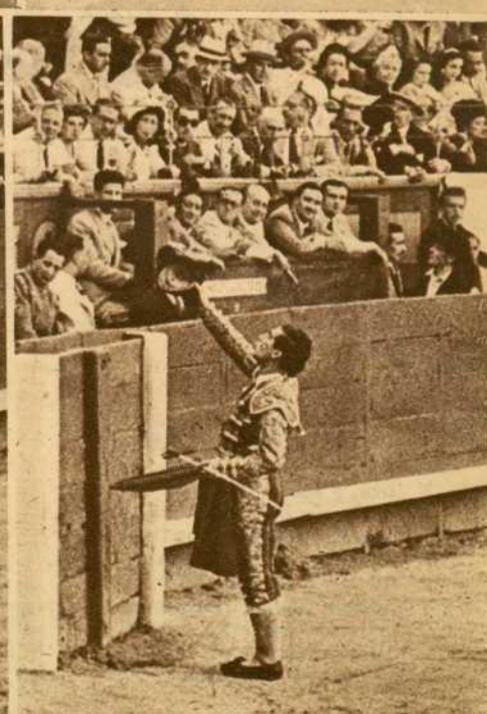
Domecq



Gitanillo de Triana



Manolete



A. Bienvenida

LA CORRIDA DE BENEFICENCIA,

EL TRAZO SERIO DE JIMENEZ LLORENTE...



1
Gitanillo de Triana hizo el toreo profundo que bordan los scalés con adelfas y juncos...

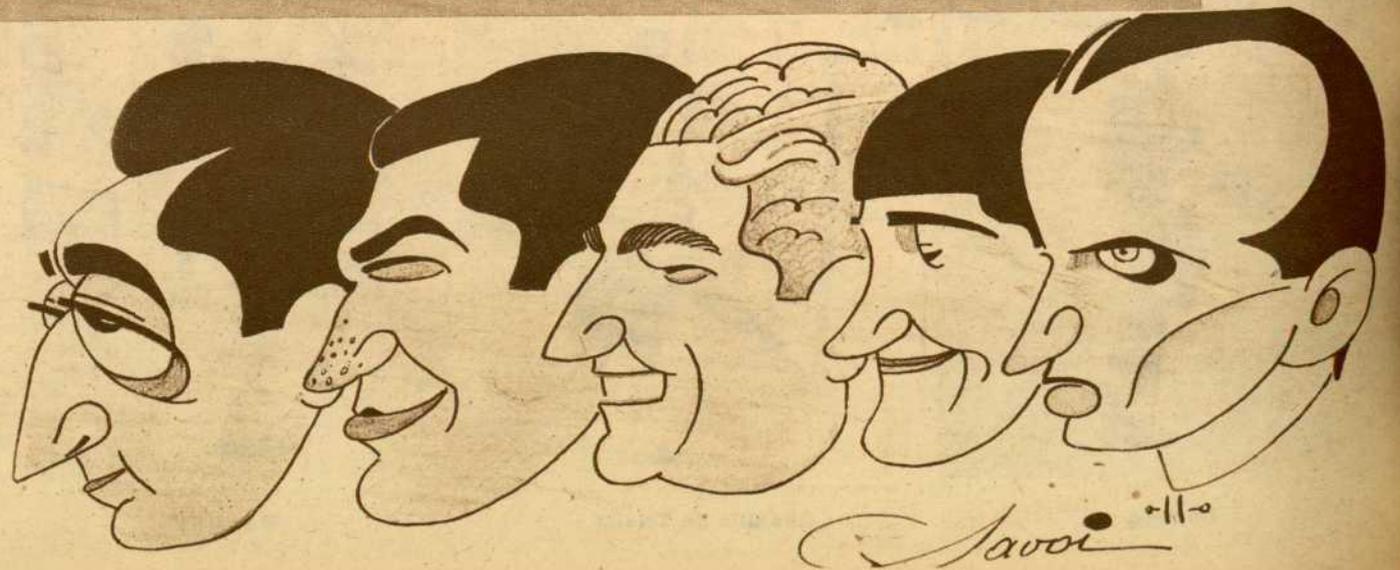
2
Alvaro Domecq se bajó del caballo y dió un cruce completo del toro a pie

3
Manolete justificó la expectación que había despertado, y toreó natural y dió sus famosas manoletinás...

4
Y Luis Miguel puso el rojo a la Plaza por el terreno que pisó, por el modo como tiró el toro y porque estuvo valiente que estaba Espartero en sus mejores...

Jimenez Lorente

Savoi es hombre de convicciones firmes. El dice que el artista es el hombre, y así ha visto la corrida de Beneficencia, a través de los rasgos fisonómicos de los lidiadores. Lo demás le interesa poco a Savoi, porque su criterio ortodoxo es ese: que cada uno es lo que su rostro indica...



VISTA POR LOS DIBUJANTES

Y LOS RASGOS DE HUMOR DEL LAPIZ DE TILU



LA CORRIDA DE LAS OREJAS PODÍAMOS DENOMINAR A ÉSTA, INOLVIDABLE, DE BENEFICENCIA, QUE HOMRÓ CON SU PRESENCIA NUESTRO CAUDILLO, Y EN LA QUE BATIÓ EL RECORD EL MADRILEÑO LUIS MIGUEL POMINGUIN, CORTANDO TRES, Y SALIENDO EN HOMBROS POR LA PUERTA GRANDE, DESPUÉS DE ARMAR UNA AUTÉNTICA REVOLUCIÓN EN SUS DOS TOROS, A LOS QUE TOREÓ.....



.... MAGISTRALMENTE, PISANDO UN TERRENO VERDADERAMENTE INVEROSIMIL, HASTA EL PUNTO DE LLEGAR A PROVOCAR LA "ARRANCA" DE ESTA FORMA EMOCIONANTE, IMPOSIBLE DE SUPERAR. SUS DOS FAENAS FUERON PRESENCIADAS POR EL PUBLICO PUESTO EN PIE, QUE NO SE CANSÓ DE ACLAMARLE EN TODA LA TARDE.

MANOLETE FUE ESO: ¡MANOLETE!; NO HACEN FALTA ADJETIVOS. COMO SIEMPRE, ENARDECIO AL RESPETABLE; SOBRE TODO EN SU SEGUNDO TORO, DEL QUE, POR UNANIMIDAD, CORTÓ LAS OREJAS. DIÓ DOS VUELTAS AL RUEDO.....



.... QUE A SU PASO IBA CONVIRTIÉNDOSE EN UNA PRENDERIA, Y SALIÓ VARIAS VECES A SALUDAR. TODA CLASE DE OBJETOS LE ARROJARON AL CORDOBÉS, SIENDO LO MAS ORIGINAL UN BOTIJO CON SU CARICATURA, QUE FUE FESTEJADÍSIMO...



EL TORO CORRIDO EN SEGUNDO LUGAR, DEFECTUOSO, Y QUE DEBIO SER PEVUELTO A LOS CORRALES, SALTÓ SOBRE "PINTURAS", PROPORCIONANDO EL CONSABIDO SUSTO.

GITANILLO DE TRIANA TAMBIEN SE LLEVÓ UN APÉNDICE, Y MUY MERECIDO POR CIERTO. LUCIÓ, ESPLENDOROSO, SU ESTILO GITANO; TOREO CLÁSICO DE COMPAS ABIERTO, SUERTE RECARGADA Y LANCE LARGO, QUE ENTUSIASMÓ A LOS AFICIONADOS. ¡GRAN ÉXITO EL DE ESTE BUEN TORERO, QUE MERECE OCUPAR OTRO PUESTO QUE EL QUE OCUPA ACTUALMENTE EN LA FIESTA...!



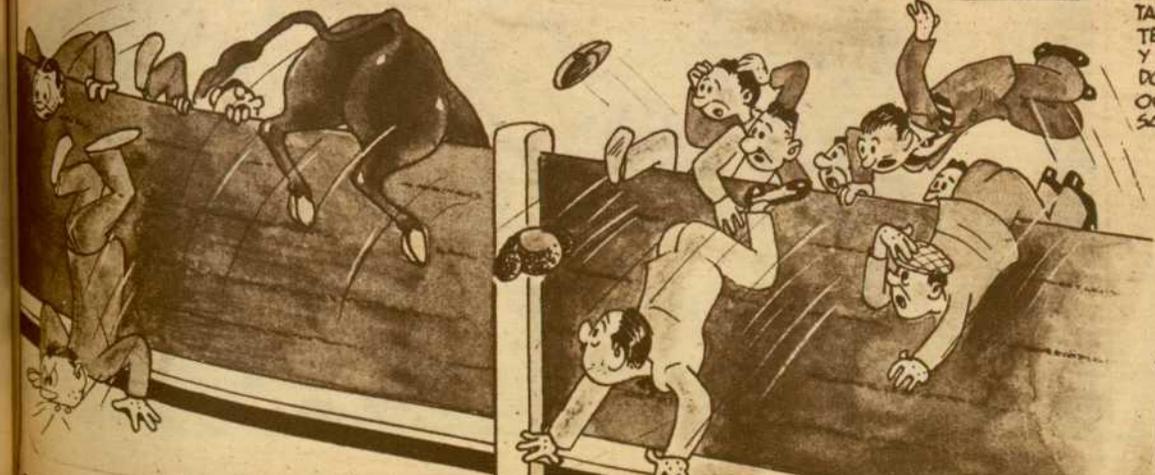
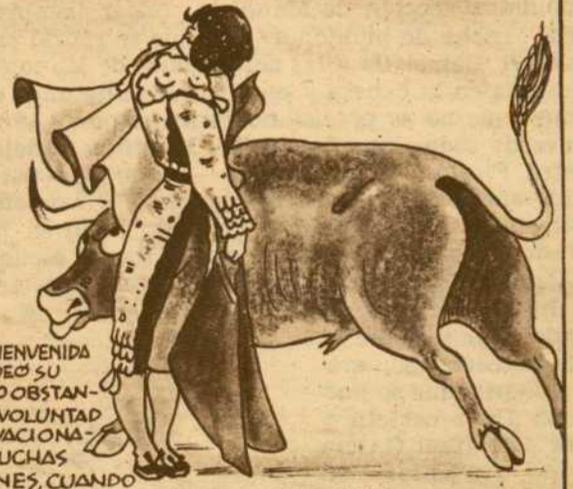
PON ALVARO DOMEQ, DESPUÉS DE REJONEAR Y BANDERILLEAR COLOSALMENTE, ECHÓ PIE A TIERRA, Y DIÓ UN CURSO DE BIEN TOREAR CON LA MULETA. MATÓ MUY BIEN, Y CORTÓ LAS DOS PRIMERAS OREJAS DE LA TARDE.



MIGUEL PALOMINO, SOSTUVO ESTA ORIGINAL LUCIA CON EL SÉPTIMO TORO POR LA POSSESIÓN DE UN CAPOTE QUE EL DE NUÑEZ INTENTABA LLEVARSE. ¡QUE PILLO...!



ANTONIO BIENVENIDA NO REDONDEÓ SU TARDE. NO OBTANTTE, PUSO VOLUNTAD Y FUE OVACIONADO EN MUCHAS OCASIONES, CUANDO SACÓ A RELUCIR ESA, SU GRACIA TORERA.



EL QUINTO DE LA TARDE SALTÓ LA BARRERA, SEMBRANDO EL PÁNICO ENTRE EL EXCESO DE OCUPATES DEL CALLEJÓN, QUE REALIZARON UNA MAGNÍFICA EXHIBICIÓN DE SALTOS.



LA ENTRADA DE ESTA CORRIDA LA GUARDAREMOS EN UN MARCO, Y EN SU DIA DIREMOS A NUESTROS NIÉTOS: "MIRAD, HIJOS; ESTE DIA SE CORTARON OCHO OREJAS EN LA PLAZA DE MADRID. ¡CASI 'NÁ'!"

TILU

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



UN lustro largo de la historia contemporánea del toreo está absolutamente lleno del nombre de Manolete. No hay dudas sobre esto, porque el cordobés, como ha dicho atinadamente José María Alfaro, trajo al toreo la confusión de los terrenos con las mismas consecuencias que un día Belmonte trajo al estrecharlos. Como por una ley cósmica, todo el sistema planetario taurino resultará en la historia que giró en torno a Manolete al igual que los astros en

torno al Sol. Por ser así, la corrida de la Diputación Provincial despertó un entusiasmo sin precedentes, y personas honorabilísimas se ven envueltas ahora en ingratos comentarios por no haber complacido a quienes demandaban entradas en una proporción capaz de llenar por dos veces la Plaza de las Ventas.

La temporada, fría en general, en cuanto a la actitud del público, cobró de pronto brillo inusitado. Los comentarios y las polémicas, lánguidos y apagados, recobraron calor, brío, pasión; los «ismos» han vuelto a los labios de los aficionados, y la ilusión de ir a los toros ha renacido pujante. Ahí está probándolo el lleno que hubo el domingo en las Plaza de las Ventas. Es verdad que los precios eran modestos, pero aun era más modesto el cartel, y era, además, día en que el Deporte hacía acto de presencia con el primer partido de Liga en el Estadio Metropolitano.

A la vista tenemos una serie de corridas que superan, sin duda, los carteles que en la temporada primaveral nos ofreció la Empresa madrileña, que llevarán, por su propia fuerza, muchos espectadores a la Plaza; pero entre ellos habrá que contar por millares los que irán con la ilusión recobrada por haber ido a la corrida de Beneficencia o tan sólo por haber escuchado comentarios sobre ella.

«Nunca es tarde si la dicha es buena.» La censurada actitud abstencionista de Manolete al decidirse a torear una sola corrida en la temporada española de este año, ha sido, en fin de cuentas, conveniente para revalorizar muchas cosas. Las vacilaciones del público, a las que, sin duda, contribuyeron la menor capacidad económica y el inadecuado tiempo primaveral, están vencidas, afortunadamente vencidas, mientras haya diestros capaces, como los hay ya, de seguir al pie de la letra la magistral lección de Manolete: hacer siempre.

Esa «racha de pundonor» con que se refirió en cierta ocasión R. Capdevila a las actuaciones de Manolete, está ya metida en la cabeza y en el corazón de unos diestros jóvenes, que no es preciso nombrar porque están en las mentes de todos los aficionados. Y esto es suficiente en nuestra Fiesta. No es preciso —aunque de tiempo en tiempo surja con fuerzas biológicas— la existencia del diestro que ha de marcar después un jalón en la historia taurina: basta con que los estilos hagan escuelas.

Manolete, además de esa confusión de terrenos de que habló Alfaro, trajo a la evidencia de los aficionados que siempre se puede hacer algo, mucho... Tanto, que se puede, con frase certera y aguda de Rafael García Serrano, «inventar» un toro para hacerle faena, tal como hizo Manolete en el sexto de la corrida de Beneficencia.

Y esto lo saben ya nuestros mejores y más jóvenes diestros, sobre los que va a pesar muy pronto la entera responsabilidad de la incomparable Fiesta Nacional.



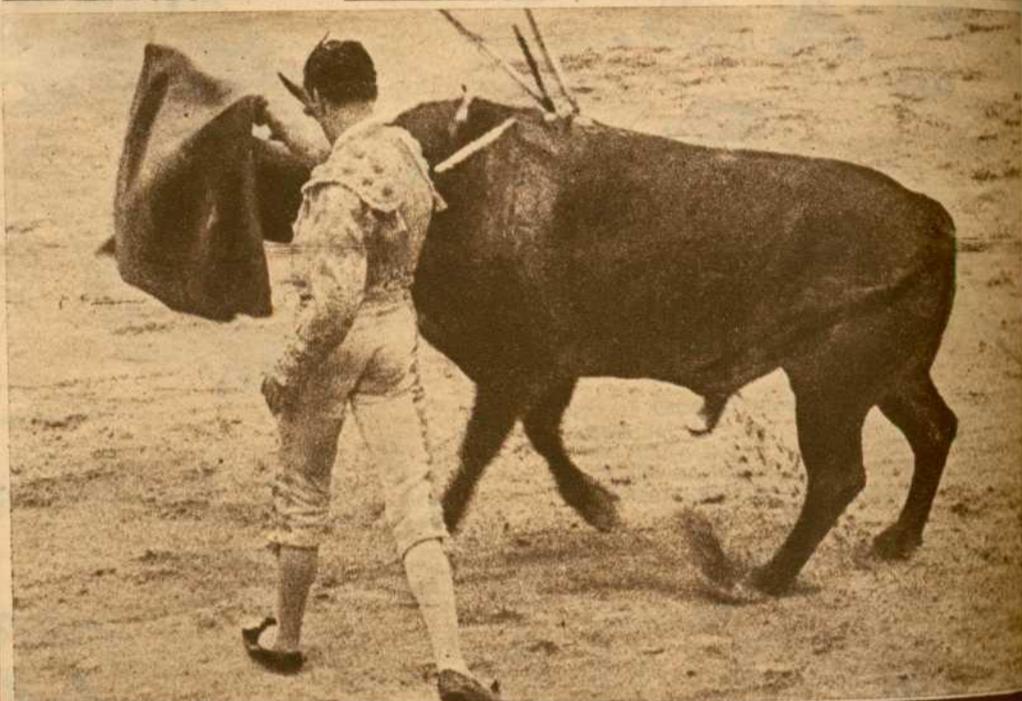
La corrida del domingo, día 22, en MADRID



Los matadores antes del paseo

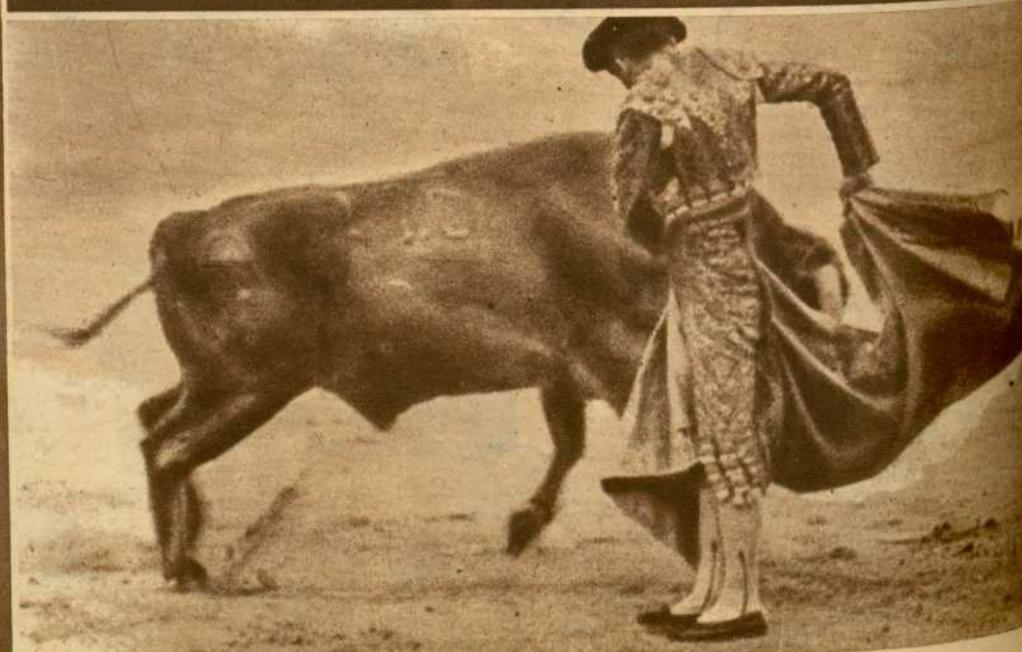


Una verónica de Félix Rodríguez

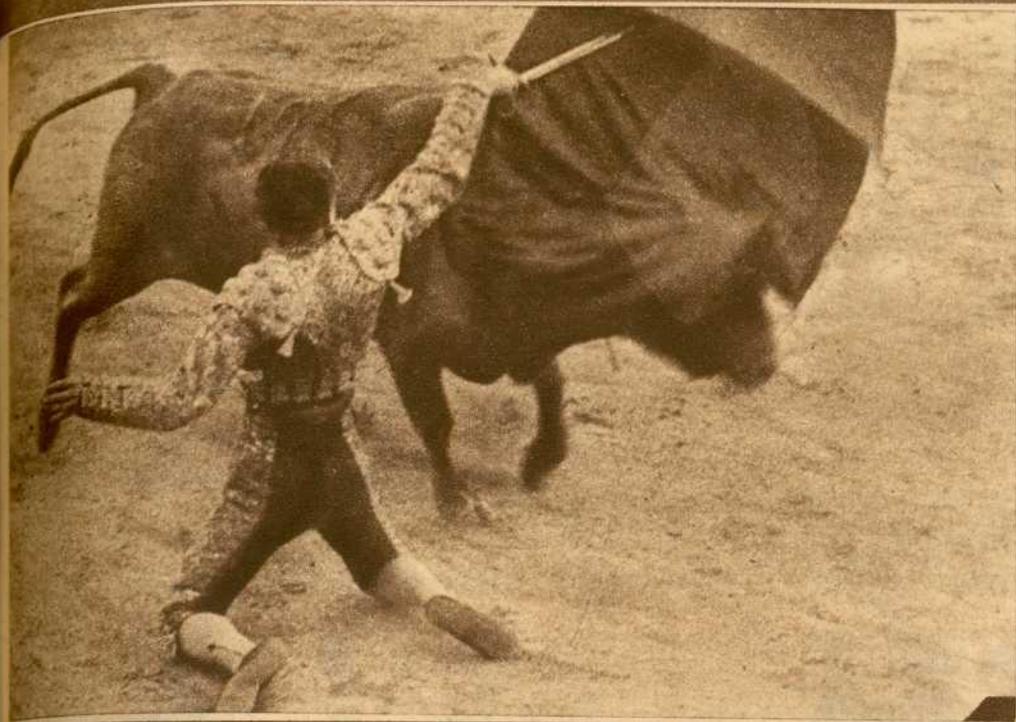


Félix Rodríguez en un pase de pecho

Luis Mata remata un quite con media verónica



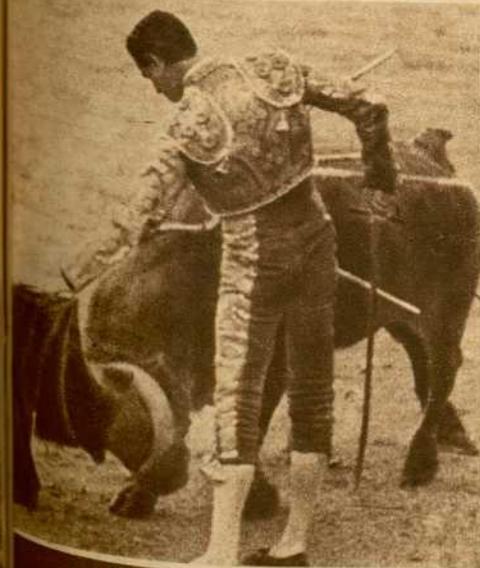
Seis toros de don Ignacio Sánchez PARA FELIX RODRIGUEZ, TOSCANO y LUIS MATA



Mata, muleteando de rodillas al toro del que cortó la oreja



Un buen natural de Luis Mata



Toscano torea al natural



Toscano torea con la derecha a su primero
(Fots. Baldoñero)

LA SEMANA EN LAS VENTAS

EL NIÑO DE SAGAÑÓN

TENEMOS en los puntos de la pluma la semana grande de las Ventas. No hay el menor resquicio para la hipérbola si se afirma que en la corrida de Beneficencia se halla el punto culminante de la temporada madrileña. Al lado de esta cima, la corrida del domingo queda palidecida a pura sombra. Era el sino de la que siguiera a «aquella». En esa zona sombreada el aragonés Luis Mata dió un corajudo estirón.

La de Beneficencia dejó resueltas varias afirmaciones capitales en la capitalidad del toreo, que es Madrid. Mucho sentimos no poder incluir a Antonio Bienvenida en el tono afirmativo, y aun sin cargarle el negativo, le colgamos el sambenito de la misma duda y vacilación que tuvo ante sus enemigos.

La primera afirmación, por orden de lidia y también por precedencia debida a su excelentísima señoría, es la que corresponde a don Alvaro Domecq, en su actuación más granada y más serena en la Plaza madrileña. Frente a un novillo tardo para la montura, don Alvaro acertó a mostrar el oro de una perfecta madurez. La precisión y la gallardía unidas, la maestría consumada y el milagro campero en una pieza. Enhorabuena, don Alvaro.

Y a usted, Rafael Vega, torero, torerazo. En el aumentativo que le colgó la Plaza al pecho como una cruz, está su afirmación de aquella tarde. Para usted, la gloria de haberla amarrado a la mejor pureza del estilo torero con unas verónicas, con unos naturales, con un pase de pecho, con dos ayudados por bajo, con su planta, con su taleguilla de corinto. Para usted, que pasaportó de trámite al quinto y se llevó la oreja del primero, lo hondo.

Pero el nudo de la corrida está en otros dos nombres: el que no digo por ahora y en el de Luis Miguel Dominguín, consagrado torero de primerísima en la ocasión. Dos tardes septembrinas distanciadas en tres años y tres orejas en cada una. O sea, la promesa y el cumplimiento, con la decantación en medio. Luis Miguel está en ese punto, sobre todo muleta en mano, en que todo el toreo parece fácil. En esa racha en donde confluyen el arranque, el sitio y la maestría, a las que el estilo comienza a darse por añadidura. Con una cabeza clara, en donde cabe, no ya el toreo que hace, sino una teoría del toreo, y con facultades y afición para llevarla a la corrida nuestra de cada día. Esto, sobre un triunfo impresionante, en olor de multitud, ganado muleteando por las suertes puras, eliminada la ganca adornista de la transición, con un aguante supremo y con una técnica infalible en el despegue y resolución del lance, es lo más importante de la afirmación que trajo consigo, para plantarla como una bandera, Luis Miguel Dominguín.

¡Y Manolete! Tras el nombre de Manolete queda para mí flotando el mejor espectáculo de la tarde. Un espectáculo más humano aún que torero, de esfuerzo insuperable. Su visión es lo que para mí lo ha consagrado torero de época. Aquella vuelta al ruedo, la más apoteósica que he conocido, quería decir eso, muy por encima de sus notas fáciles de recuerdo o de sugestión colectiva.

Al toreo de Manolete le hemos puesto tachas alguna vez, sobre todo en cuanto rebasaba de las arenas. Yo —y cualquiera— le hemos visto actuaciones más acabadas, en conjunto y en cada detalle de un toreo sujeto a discusión. En la tarde del jueves, el toreo de Manolete se quedó en hueso y nervio, como si volviese a los tiempos de su novillería. Confieso que la nervadura me sobrecogió en la misma medida que me sobrecogió mi otro máximo recuerdo taurino: la vuelta de Juan Belmonte, con los gallistas viudos enronqueciendo en los tendidos. Así se miden los toreros, cuando las piernas no encuentran sitio aún, o ya, cuando la juventud de los otros empuja a codazos, cuando su propia historia es una losa de plomo que hay que levantar cada tarde. Y ellos —Belmonte y Manolete— venciendo a fuerza de nervio torero.

El de Manolete le deparó un triunfo máximo, conseguido en una lucha de titán, precisamente en las «colombianas» de su toreo, que es lo primero que le respondió en esa fabulosa puesta a punto que se cumplió en una tarde y aun no entera, en apenas toro y medio. El medio que restaba, desde el octavo pase de muleta y lo que hubiera venido ya, cogió a Manolete siendo Manolete. O sea

El niño de «Sagañón»,
sobrino «der» «Pijulín».

EL CACHETERO



A VISTA DE TENDIDO

Lo que más nos gustó. Algo que no ve el público «fragoroso». Discusión con el puntillero. Mata y su éxito. El espontáneo. Toros sin patas

Si como espectador fuera preguntado acerca de qué me había gustado más en la corrida del pasado domingo, contestaría sin vacilar: los lances de Félix Rodríguez al tercero de la tarde. Iba vestido este torero —serio, frío y ensimismado— con un traje de oro y pálido color de rosa. Ese rosa pálido de la seda de su talequilla nos daba la equivalencia exacta de su temperamento y de su estilo. Félix es de los matadores que por saber mucho expone poco, y así ocurrió en casi todo el curso de esta corrida. Pero no hay que confundir la frialdad evidente del zamorano, ni su estirada seriedad, ni siquiera su prudencia, con el valor de una personalidad indiscutible. A los espectadores no nos gustó en general Félix Rodríguez, y, sin embargo, esos lances al tercero, suavísimos como una caricia leve, templados con un pulso exquisito, cuidadosos de la conservación de un toro que sólo en quites le correspondía, tirando rectamente de él, sin moverse, estatuario, delicado y firme a la vez, buscando el juego de las astas, sin perderles la cara ni un so'o instante, sin «arrimarse a la cola» —ni al lomo pasado— como hacen tantos otros, esos lances al tercero y el quite por «chicuelinas», que antes le habían aplaudido, fueron todo un curso de personal estilo y estética taurina. «el detalle» que a veces escapa al público demasiado fragoroso, atraído por las faenas de relumbrón.

En la discusión que Félix Rodríguez sostuvo con el puntillero, porque éste quería rematar demasiado rápidamente al bicho caído, también se vió «otro detalle» interesante. Sólo cuando el espada estuvo convencido de que la res, de patas vacilantes y blandas —como las cinco reses restantes—, no se podía materialmente levantar, dejó libre la intervención al brazo decisivo del cachetero. Pero medítese un momento en el contraste que ofrece ese rasgo de honradez con la prisa que otros muchos matadores sienten para que la puntilla les alivie de manejar una vez más el acero.

Toscano volvió a ser el muletero largo que ya habíamos descubierto en sus anteriores actuaciones. Pero nada más. Poco margen deja para la observación o el comentario este torero, alto y gris, como tantos otros. ¡Medrados estaríamos si tuviéramos que escuchar voces del tendido en torno a su figura! Nadie habló de él, ni casi nadie —salvo en su eficaz faena de muleta— le hizo el menor caso.

Mata —de verde y oro—, con la seda de la talequilla zurcida desde el paseillo, se vió desde el comienzo que venía a jugársela. Repartía saludos y sonrisas, ensayaba el capote, probaba la muleta, solicitó de la Presidencia que no le picaran más a su primero. Quería conservarle. Brindó a un amigo, que luego bajaría a abrazarle para entregarle la montera en propia mano. Hincó las rodillas en tierra, puso a la gente en pie y nos dió un susto, porque volvía, imprudente, la espalda al toro: se cerraba la

EL LAPIZ EN LOS TOROS

De la corrida del domingo en Madrid, por ANTONIO CASERO



El domingo cayó sobre el ruedo de la Monumental de las Ventas un raro ejemplar de «capitalista». Propongo sea llevado al Museo Taurino. —La misma exclamación de ese piquero... «este trago no se le doy a nadie...»... la misma está en el pensamiento del hombre de la bota que ocupaba una andanada del 9... —Uno de los seis muletaos de rodillas con que inauguró Luis Mata la faena a su primer toro. —Toscano, durante la faena realizada con su segundo toro

salida del cambio, y si no interviene providencialmente el capote de un peón aquello hubiera acabado muy mal. Le dieron las orejas como premio al valor, pero no al mérito de la faena, demasiado breve, rápida y desligada —como sus acelerados «puentes trágicos» con el capote—. Y tampoco creemos que se le dieran los peludos galardones por la estocada, porque «eficacia» no quiere decir buena colocación ni ejecución impecable.

Hubo un picador que a consecuencia de un encuentro con el enemigo resultó colgado sobre la montura, como si se asomara a un barandal. En vez de citar y aguantar al toro en la posición normal del que cabalga tuvo que hacerlo tendido sobre uno de los lomos del flaco jamelgo igual que si le hubieran puesto a secar en las cuerdas de un tendedero.

Aparte de esta nota humorística, el relieve dramático lo logró un espontáneo, que llevaba enro-

llada y escondida la muleta «para tirarse», como se cuenta en tantas novelas «de ambiente». Desde que saltó el espontáneo a la arena comprendimos su nerviosa impaciencia. No quiso aguardar a ver lo que el morlaco podía dar de sí. Se adelantó a la fiera con su muleta extendida en cuanto el bicho asomó por los toriles y sufrió un serio revolcón, aunque pudo ser más. ¡Qué bien hizo la autoridad en acabar con estas tristes y a menudo trágicas intervenciones! Deseamos, por el bien de nuestros corazones y por el suplemento de trabajo de los médicos, que el hecho no se vuelva a repetir.

Ni que tampoco se repita un ganado con los remos tan... «discutibles», como el que nos tocó padecer.

ALFREDO MARQUERIE

Cuando los encierros se hacían por caminos de herradura

En contraste con el estrépito de la multitud que lentamente ha ido desfilando, la Plaza ha quedado sumida en una profunda paz.

La luz ha ido rebajando sus tonos. Los oros se fueron apagando. Ya no queda más que un irisado punto de sol en lo alto del mástil de la arriada bandera.

Con idéntica celeridad se va esfumando de nuestro recuerdo la película de una corrida intrascendente y vulgar. Junto a la puerta de arrastre, un grupo integrado por prohombres de la Empresa y algunos amigos comentan con alborozo la oportunidad de esta corrida. Los toros de don Ignacio Sánchez han servido para cancelación de compromisos con una docena de toreros. Estos optaron por romper los contratos a tener que enfrentarse con la divisa salmantina. Luego resultó que si de algo adoleció el ganado no fué precisamente de malas ideas.

Pero dejemos estos escarceos y vayamos a lo que importa. A nuestro lado se encuentra Paco Parejo, el vaquero de la casa. Empezó en el oficio a los doce años, al lado de su padre, el viejo y competente mayoral. Desde los días de su iniciación a los de hoy, Paco ha pasado veinticinco años enchiquerando corridas, apartándolas en los prados de la Empresa cuando las más de las veces precisan sobrealimentación, amaestrando cabestros, devolviendo toros mansos y cojos a los corrales y realizando, en suma, una labor en la que el riesgo no anda muy alejado.

Sentados en el estribo de la barrera contemplamos cómo una pequeña brigada de zagalones va limpiando los graderíos. Otros recogen y apilan botellas y almohadillas. Dos o tres, frente a toriles, componen la figura toreando de salón.

Paco Parejo entiende que su labor es mucho más cómoda que con anterioridad a 1929. Hasta entonces, los encierros se hacían trayendo el ganado conducido por caminos de herradura, desde los prados de San Fernando. Tres caballistas y dos vaqueros a pie realizaban la faena. Una vez, un novillo de Veragua precisó toda una noche para reducirle a la obediencia.

—¿Cuántas corridas llevará usted enchiqueradas?

—A razón de noventa cada año, incluyendo en este número becerradas y nocturnas, pasan de las dos mil.

—¿Qué le parece el ganado que actualmente se lidia?

—Debido a que los ganaderos aprovechan todo, la casta y el trapío acusan una baja muy acentuada. De esta anomalía tan sólo se libra el ganado lidiado en esta Plaza.

—Lo que no quiere decir que veamos salir muchos toros de bandera.

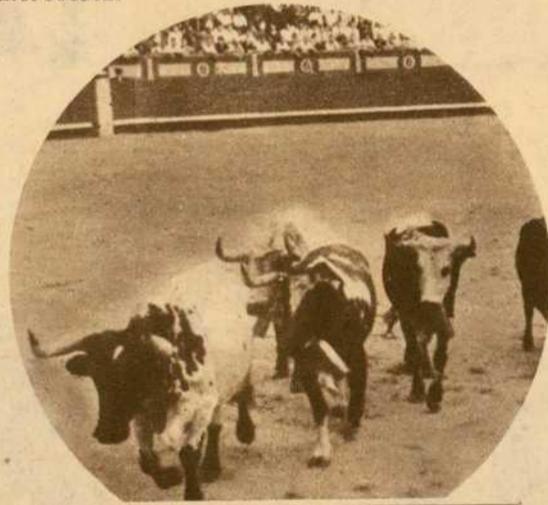
—Conviene tener en cuenta que a estos toros, a mi juicio, no les hace sobresalir el número de varas que tomen, sino la lidia que ofrecen desde que salen hasta que doblan. Muchas

EN LA PLAZA VACIA



El presidente ha sacado el pañuelo verde, y el toro va a ser devuelto a los corrales. Es el momento en que Parejo entra en funciones con su parada de mansos que van arrojando al animal para llevárselo del ruedo... Es entonces cuando Parejo asusta a los novatos, que le ven tranquilo y confluado, sin temor a las astas...

veces no se les hace la debida justicia, y, en cambio, acaso por humillar al matador, se pide la vuelta al ruedo para reses que no han demostrado la suficiente bravura y alegría para merecerla.



He aquí en primer término a Gavilán, que, con sus quince años de importantes servicios, sirve de guía a la parada de cabestros y pide ya su jubilación, tan merecida como justa...



Paco Parejo —el segundo de la Izquierda—, lia despaciosamente un cigarro y conversa con los mayorales de las ganaderías que han traído los toros a Madrid...

Paco Parejo, vaquero de la Plaza de Madrid, sale al paso de maliciosas suposiciones

—¿Qué es, a su juicio, lo que más perjudica a la fiesta nacional?

—El actual encarecimiento de la vida. Este ha traído aparejado el

aumento de toda clase de gastos. El ganadero sabe que a Madrid no puede venir sin que la corrida tenga el peso debido. Esto le obliga a apartar con tiempo suficiente nueve o diez reses para cubrir las posibles bajas producidas por colisiones entre ellas. Hoy debió lidiarse en Madrid un toro que al ir a embarcarlo fué corneado por un compañero y hubo que retirarlo.

—Pese a estas precauciones, vemos con harta frecuencia cómo los toros no pueden ni con el rabo.

—Ese derrengamiento procede, unas veces, de decadencia de casta, y otras, de que el ganado está a puenso poco tiempo. Lo primero no ocurriría si hubiera el debido esmero y escrupulosidad en refrescar castas apagadas y en realizar cruzamientos afortunados.

—¿Quiere usted salir al paso de los rumores y habilllas sobre condenatorios arreglos al ganado?

—¿Se refiere usted a lo del afeitado, purgas, sacos de arena y parecidas afirmaciones de los que presumen de "ojo clínico"? Pues no hay nada de eso. Yo invito al aficionado que lo desee a que presencie las faenas de enchiqueramiento, e incluso a que vigile los toros hasta que salen al ruedo. Por sí mismo comprobará que todo queda en fantásticas y maliciosas afirmaciones.

—Hablemos ahora de su trabajo en la doma de cabestros.

—Esta paciente labor no comienza hasta que no son uteros muy hechos. Luego, el contacto con cabestros experimentados hace el resto. El mejor buey que he conocido fué uno de la Plaza vieja, Caminante; por él me llegaron a ofrecer seis mil duros. El decano de los que ahora utilizamos se llama Gavilán, y por pasar de los quince años, seguramente ésta será su última temporada de trabajo.

—¿Volverán los toros a infundir el respeto de otras épocas?

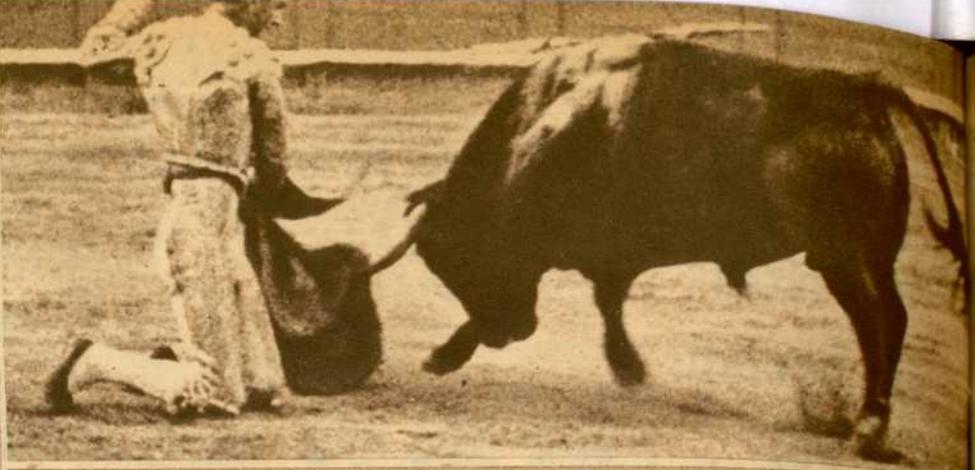
—Para llegar a conseguirlo sería preciso que se exigiera en provincias el toro con un mínimo de 280 kilos. Con esta exigencia se conseguiría, además, que algunos toreros que rehuyen venir a Madrid, dejarían de hacerlo al encontrarse la clase de toro que ni por equivocación surge por esas Plazas provincianas.

Embebidos en la charla se nos ha hecho de noche. Al abandonar el ruedo parece como si las formas de los graderíos se hubieran adormecido en la vaguedad del crepúsculo.

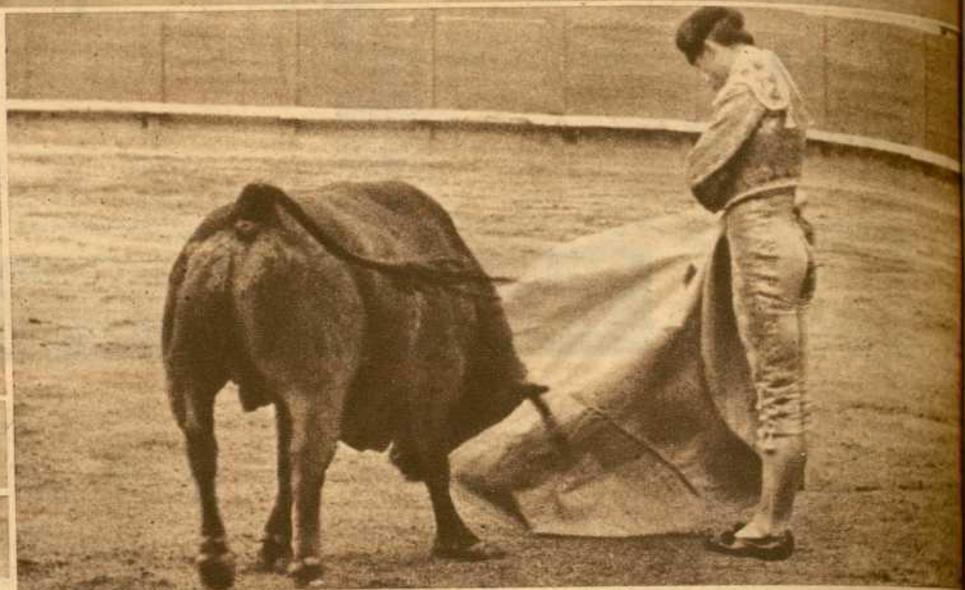
Dos toros de Sánchez Cobaleda y cinco de Tassara para Domecq, Arruza, Parrita y Vito



Alvaro Domecq torea con gran estilo al natural.



Un molinete de rodillas de Arruza

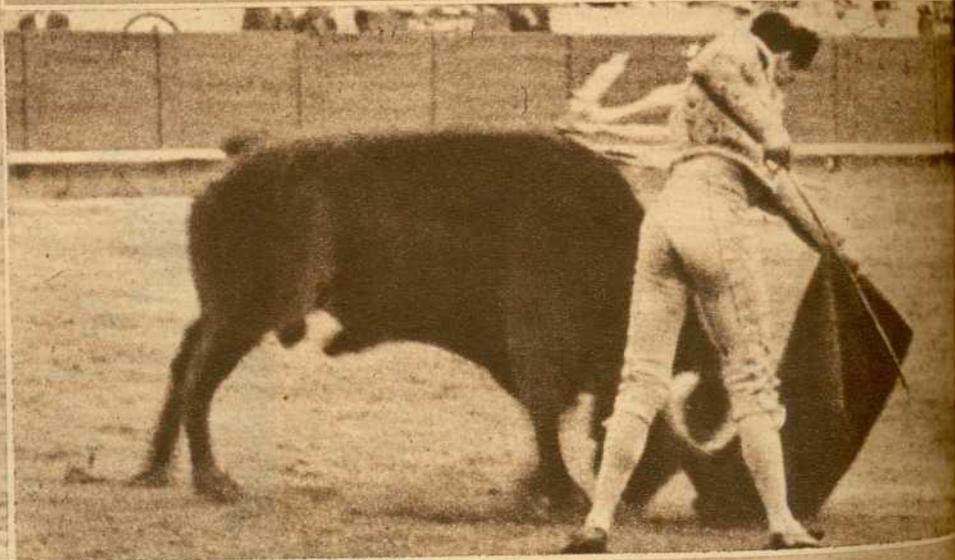


Una verónica de Vito



Un gran pase de pecho con la izquierda del caballista jerezano

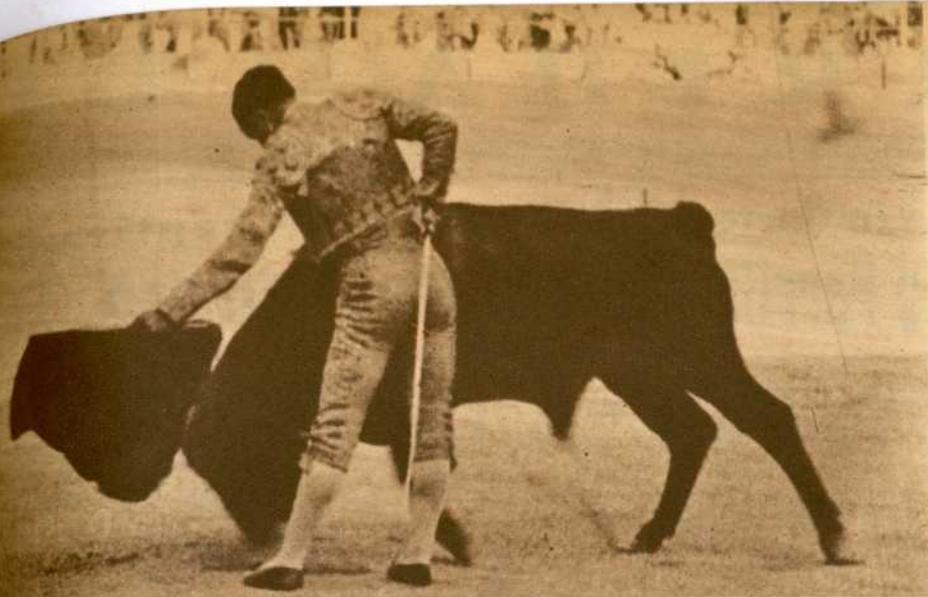
Arruza hace un quite con el capote a la espalda



Vito en un gran pase de pecho con la izquierda

Parrita en un buen muletazo con la derecha (Fots. Valls)





Faraón torea al natural a su primero

La novillada del día 22 en Zaragoza

Reses de don Eugenio Ortega para FARAON, GABRIEL PERICAS y PAQUITO MUÑOZ



Pericás muletea mirando al tendido

Paquito Muñoz en un gran pase natural

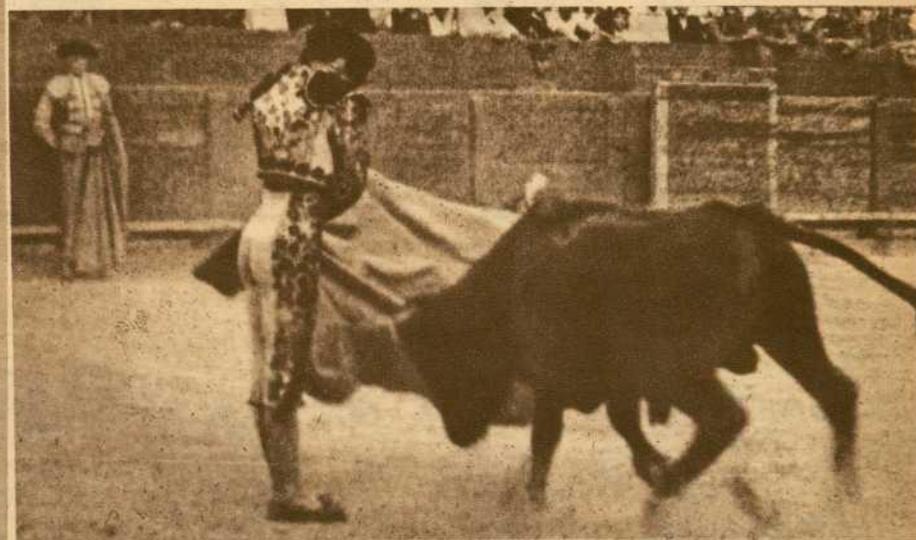


La novillada de feria en Tarragona

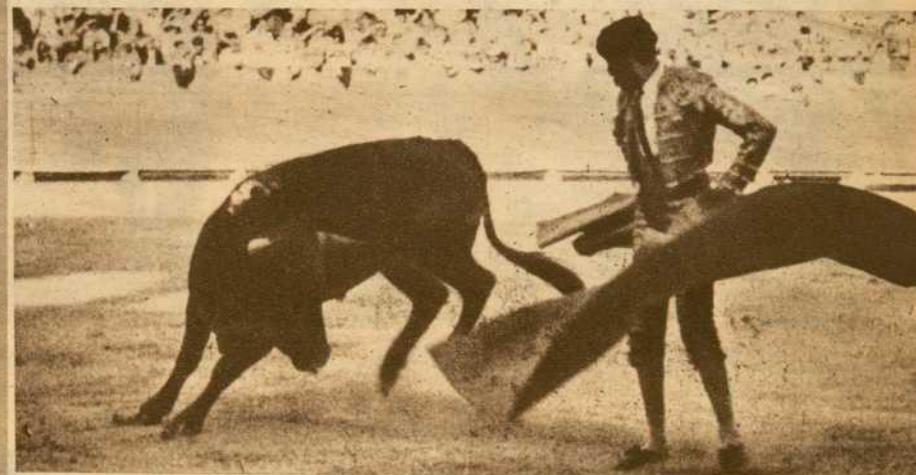
Reses de Villita para JUANITO BALAÑA, PERICAS y GALLITO



Juanito Balaña clava un rejón de muerte



Una buena verónica de Pericás



Gallito en un adorno

Las cuadrillas, con Balaña a la cabeza, se disponen a hacer el paseo. (Fotos Valls)



LAS CORRIDAS DE FERIA EN LOGROÑO

**Día 21 de septiembre: Toros del Conde de la Corte
Juan Belmonte, Luis Miguel Dominguín y Parrita**



Los matadores y el mayoral de la ganadería dan la vuelta al ruedo



Parrita durante la faena a su segundo



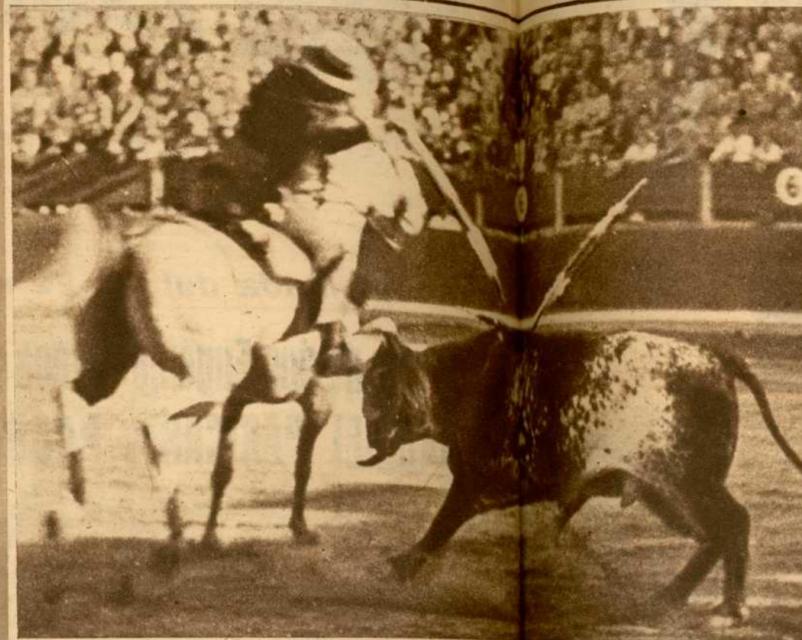
Juan Belmonte en una manoletina

Un pase de pecho de Luis Miguel

(Fots. Payá)

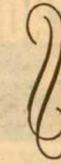


**Día 22 de septiembre: Toros de Domecq
Alvaro Domecq, Luis Miguel, Estrada y Vito**



Alvaro Domecq en un gran par de banderillas

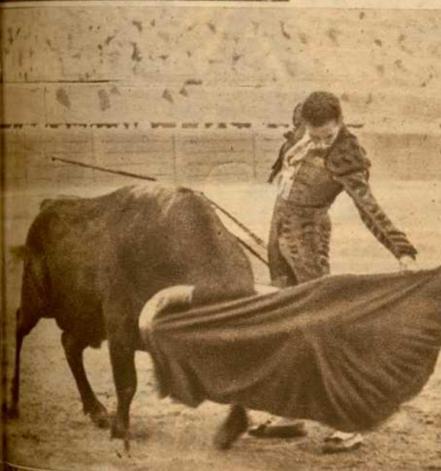
(Fots. Pascual)



Un pase con la derecha de Dominguín

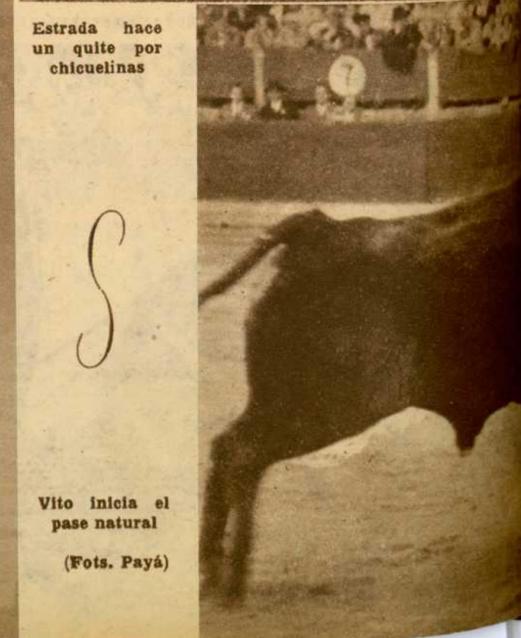


Estrada hace un quite por chicuelinas



Vito inicia el pase natural

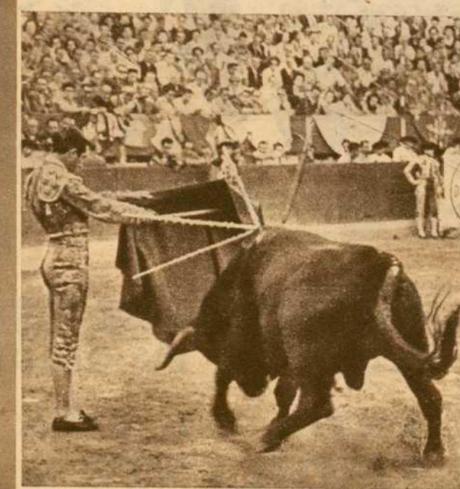
(Fots. Payá)



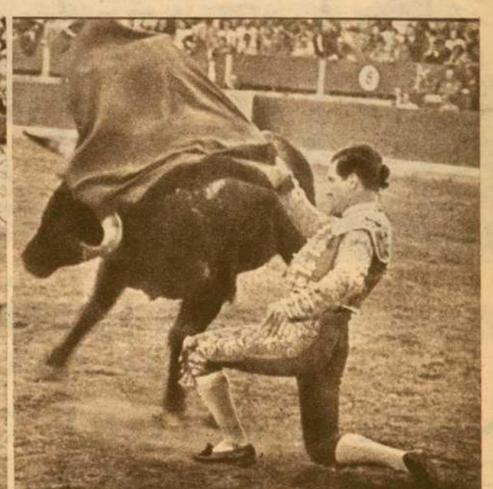
**Día 23 de septiembre: Toros de Murube
Antonio Bienvenida, Pepín Martín Vázquez y Parrita**



Un momento de la cogida de Pepín, que, afortunadamente, no tuvo consecuencias

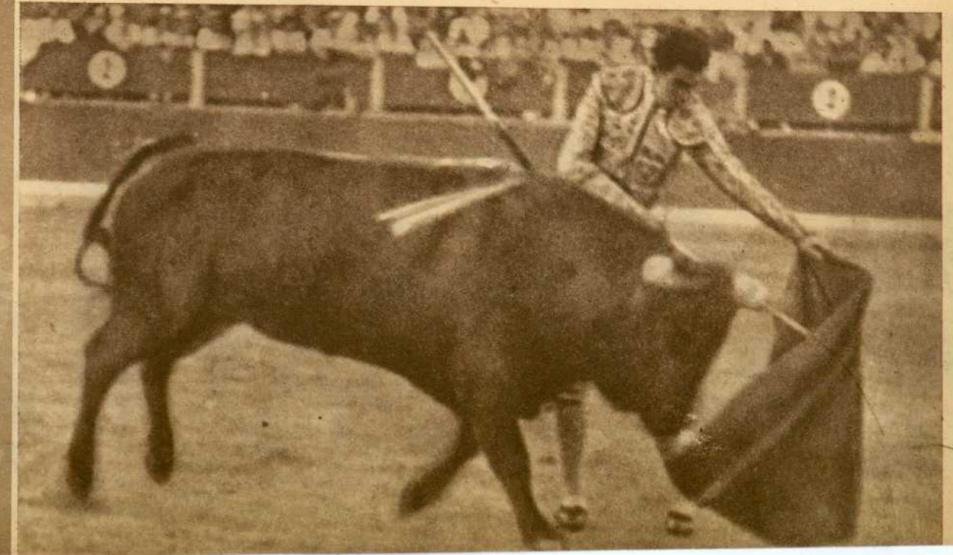


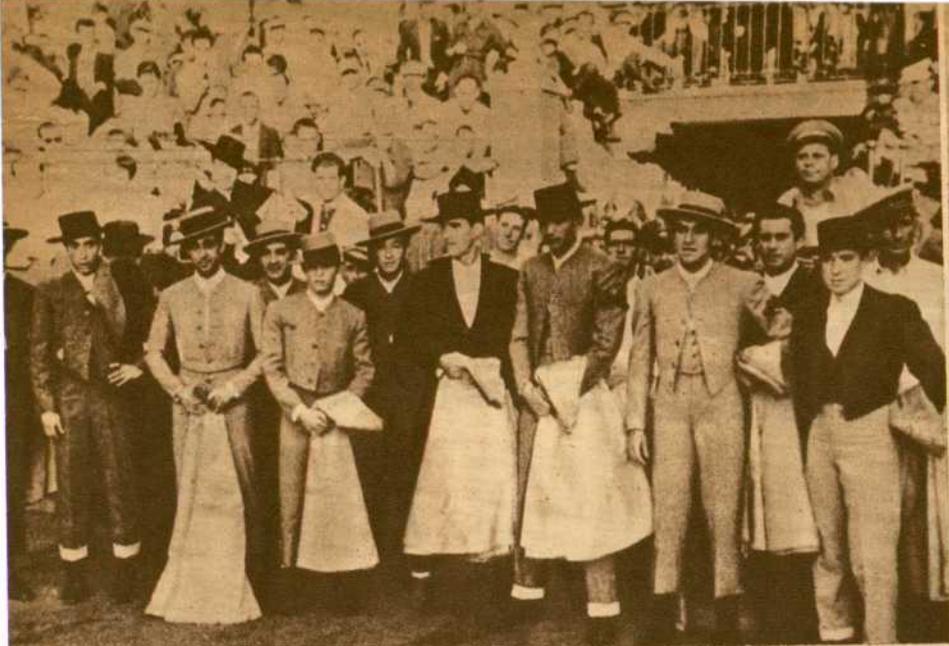
Pepín Martín Vázquez en un muletazo por alto



Antonio Bienvenida muletea de rodillas a su primero

Parrita torea al natural (Fots. Pascual)



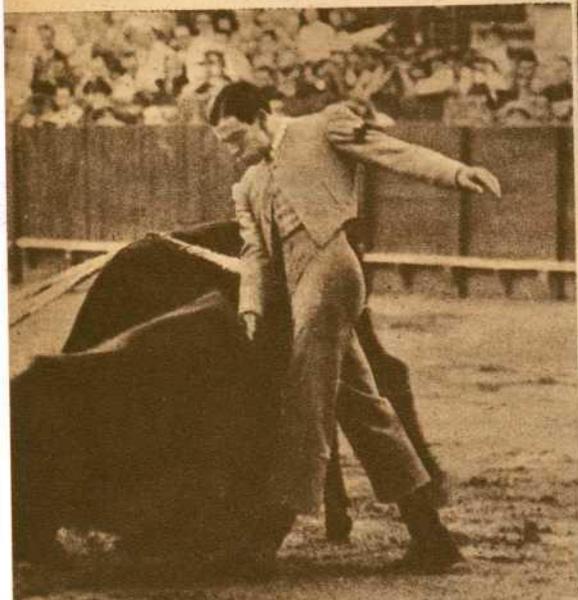


Los toreros que actuaron en el festival, dispuestos para hacer el paseo



Un gran par de banderillas de Arruza

EL FESTIVAL a la memoria de LICEAGA en SEVILLA



Balderas en un muletazo por bajo



Chatito Mora toreando con el capote (Fots. Arenas)



Una buena verónica de Paco Rodríguez

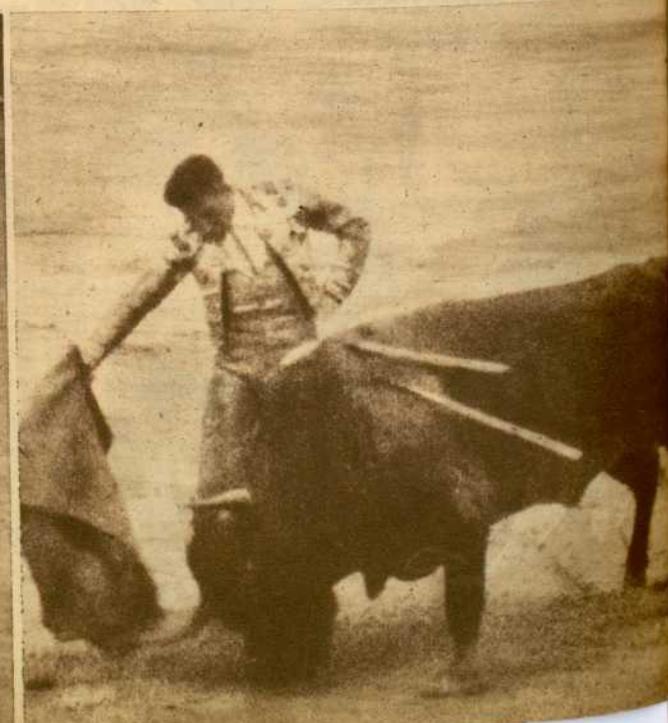
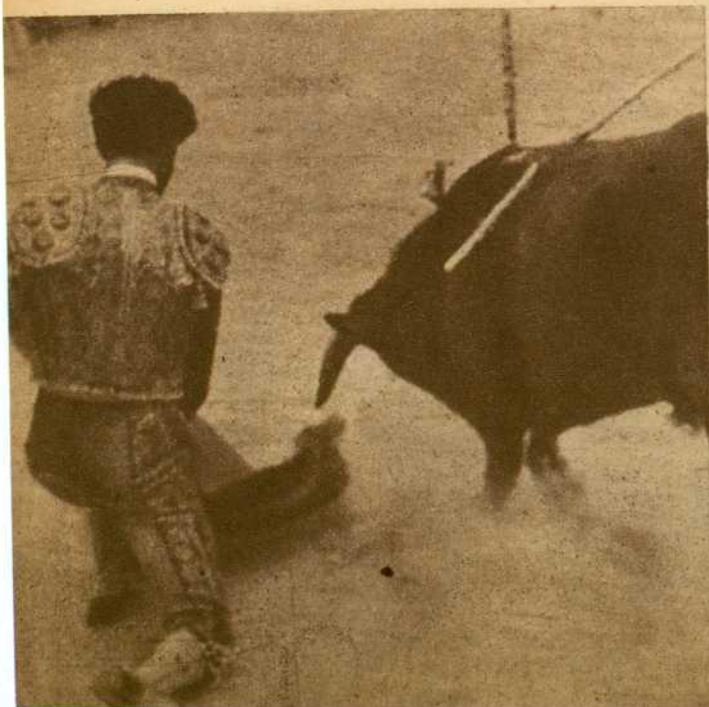
NOVILLADA DEL DIA 22 EN CIUDAD REAL

NOVILLOS DEL CONDE DE LAS NAVAS, PARA PEDRO MESAS, ESTUDIANTE y ANGEL SORIA

Estudiante recoge con la muleta a su primero

Estudiante en un buen par de banderillas

Angel Soria torea con la derecha a su primer toro



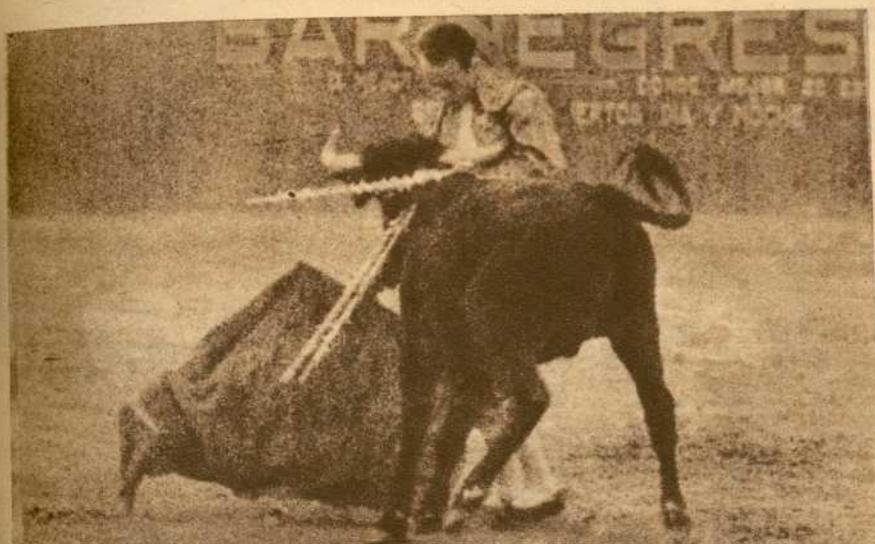
Reses de Nogués, para Juanito Balaña, Lorenzo Jiménez, Faraón y Enrique Abad



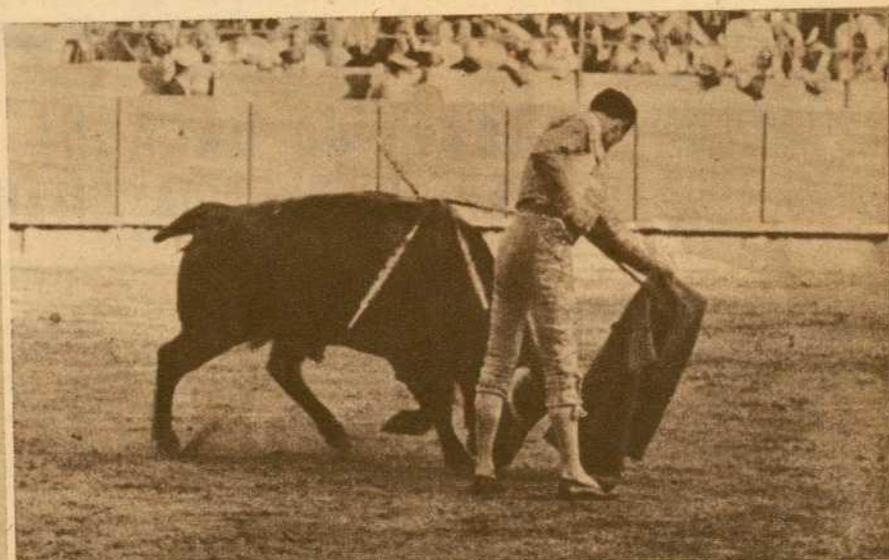
Balaña clava un rejón por dentro



Juanito Balaña quiebra un rejón



Emilio Abad sufre un derrote al muletear a su primero



Robredo en un gran muletazo con la izquierda



Faraón se adorna al torear con la muleta

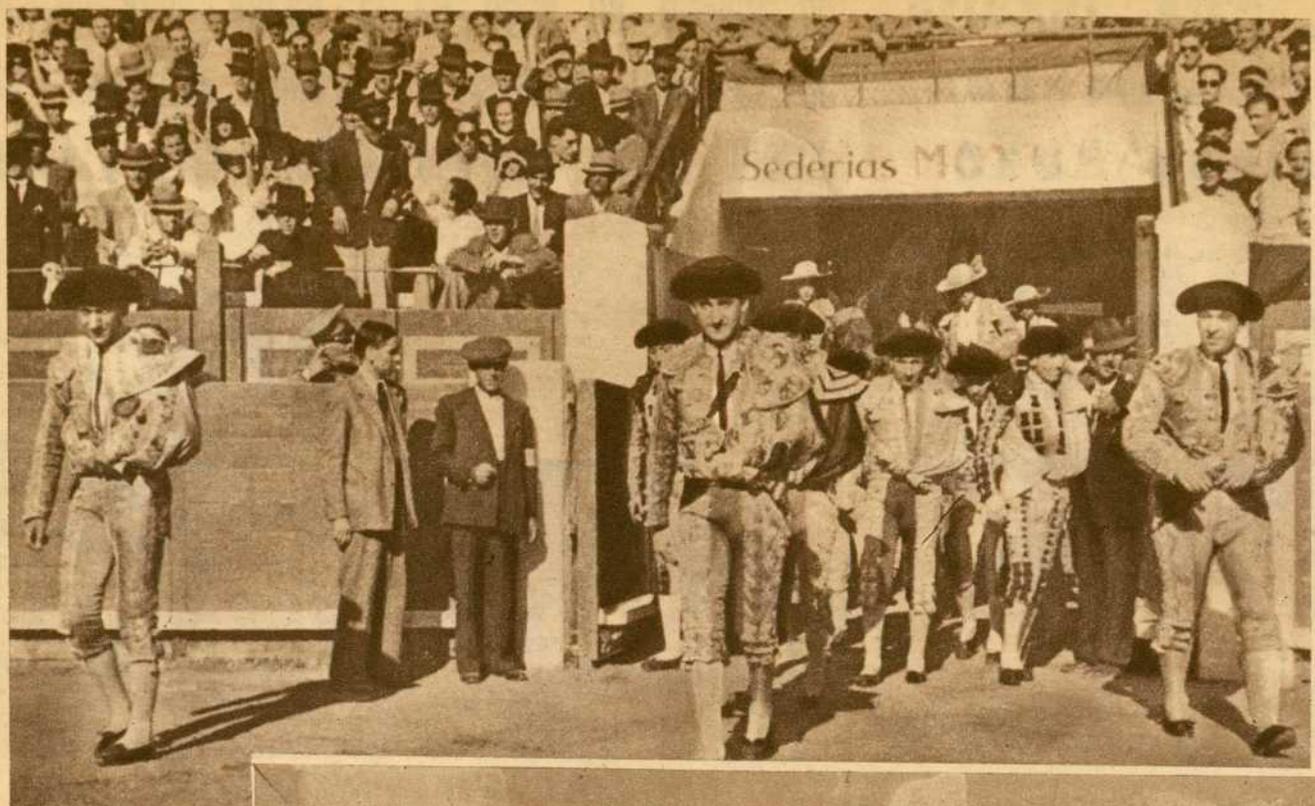


Antonio Caro en un derechazo

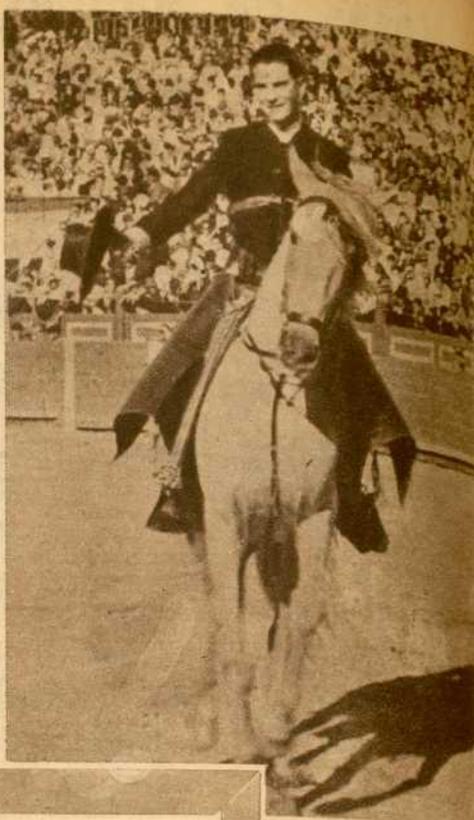
Las cuadrillas, con Balaña a la cabeza, hacen el paseo. (Fots. Valls.)

Pablo Lalanda en su faena al primero. (Fots. Valls.)



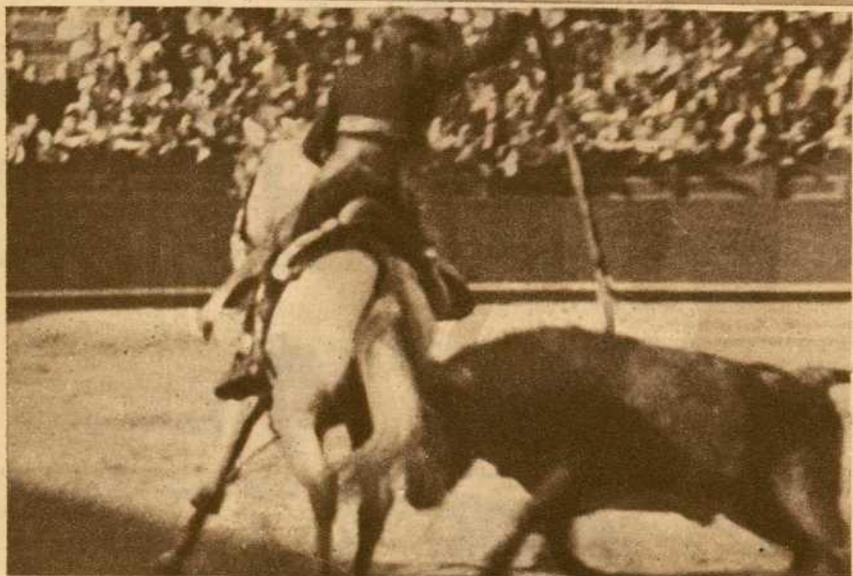


Las cuadrillas en el momento de iniciar el paseo

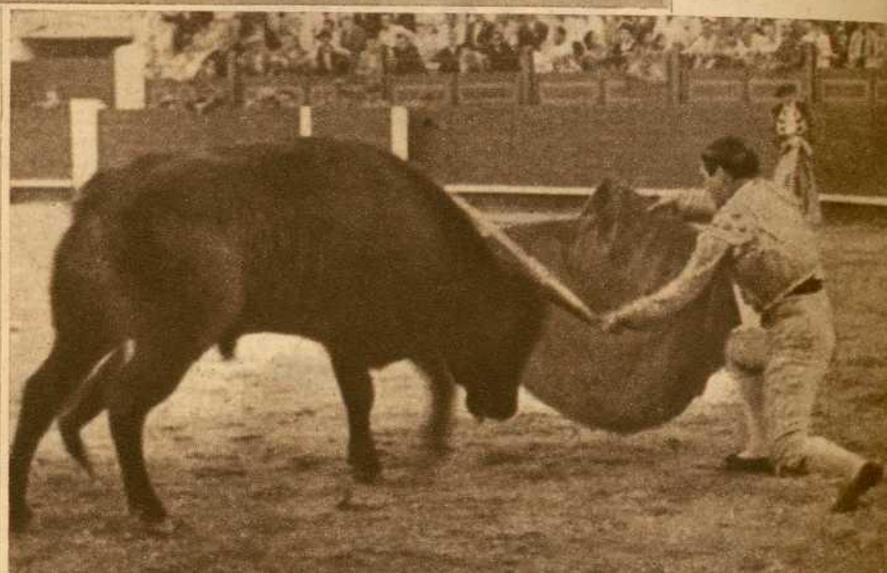


Pepe Anastasio recibe la ovación que le tributa el público

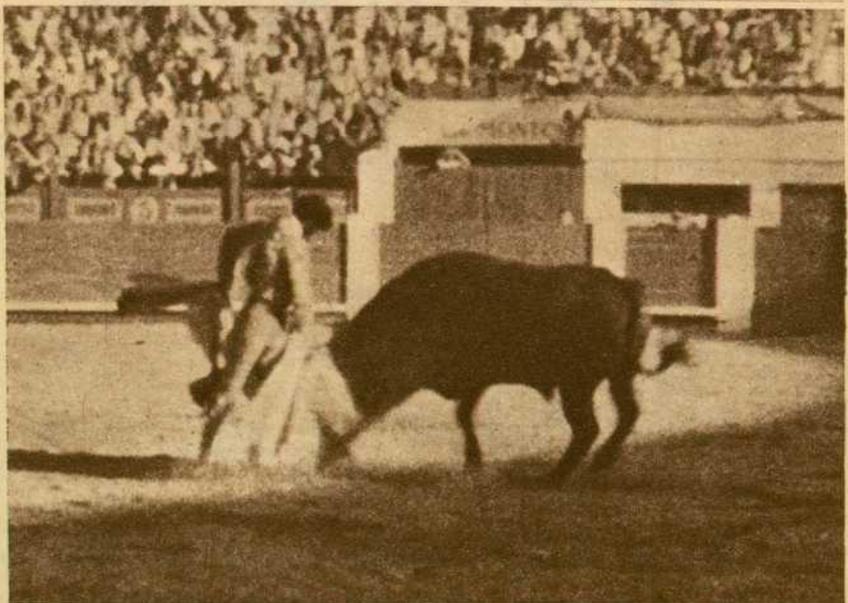
Cartel del día 22 en LORCA
Roses de GALACHE para PEPE ANASTASIO, PEPE BIENVENIDA, GITANILLO DE TRIANA y BELMONTE



Un buen rejón de Pepe Anastasio



Pepe Bienvenida hace pasar al toro cogido de un pitón



Gitanillo de Triana toreando con el capote



Juanito Belmonte en un muletazo por alto (Fotos López)

La ornitología ha dado a las reses de lidia muchos nombres, y uno de los más abundantes en los índices es el de Estornino, que hizo famoso un toro de don José Picavea de Lesaca, lidiado en la Plaza de Málaga el 15 de junio de 1851, con cinco astados más de la misma procedencia, en cuya corrida figuró como único espada el célebre José Redondo, el Chiclanero.

Los seis toros resultaron muy bravos y produjeron con sus duras peleas gran entusiasmo en la concurrencia; pero el mencionado, que se jugó en sexto lugar, sobresalió entre todos considerablemente. Era cárdeno claro, y su lámina había satisfecho mucho de buenas a primeras a los aficionados inteligentes; codicioso, bravo y duro, tomó nada menos que cuarenta varas, creciéndose al castigo de un modo extraordinario, y hubo ocasión en que atravesó todo el ruedo, reunido con el picador, mientras éste apretaba con el palo, y el Chiclanero, agarrado a la cola de la bravísima res, pretendía separar a ésta de la cabalgadura, a fin de deshacer el grupo.

Dicho toro Estornino—cuya pelea se halla registrada en varias obras—fué estoqueado por el banderillero Nicolás Baró, subalterno y paisano del repetido José Redondo, a quien éste cedió la muerte por figurar como sobresaliente de espada en tal corrida.

Eramos jóvenes cuando se lidió en Madrid otro toro Estornino, que se hizo tan famoso como aquel de Málaga.

Fué en una corrida efectuada el 6 de junio de 1909, en la que alternaron como matadores el Algabeño, Mazzantinito y Pepete III, y se lidiaron cinco toros de Arribas Hermanos y uno de Sarga. De la primera de estas ganaderías era el Estornino en cuestión, castaño claro y bien armado, cuya lidia fué subrayada con una ovación ininter-

rumpida, al admirar los espectadores la bravura, la pujanza y la nobleza de tan magnífico ejemplar. El deseo de todos era que se le perdonase la vida, o que el espada encargado de darle muerte lo hiciera con el mayor lucimiento posible; mas, para desgracia de Tomás Fernández Alarcón (Mazzantinito), espada de turno, no ocurrió ninguna de las dos cosas.

Fué dicho diestro madrileño tan valiente como pundonoroso; pero la adversidad le cerraba el camino cuantas veces intentaba dar un empujón hacia la soñada meta. Doctorado en 1905, y cuando iba abriéndose paso, un toro de la ganadería de Otaolaurruchi, llamado Indiano (hasta entonces, el de más ancha cuna y más grandes pitones que habían visto los aficionados madrileños), le cogió el día 30 de septiembre de 1906 y le produjo una gravísima lesión en la espina dorsal, que puso su vida en peligro. Aquel percance tan serio cortó algo sus bríos en el año siguiente; cuando al cobrar nuevas fuerzas intentaba otra vez situarse en buen lugar, y toreando unas vacas en una placita de la dehesa de Navalcaide, el 30 de diciembre de 1908, sufrió una cornada tan grande y profunda debajo del glúteo derecho, que tardó tres meses en curar; y no bien repuesto de tal contratiempo, experimentó el que es objeto de nuestra principal atención, el cual, aunque incruento, destruyó gran parte de sus ilusiones, pues no otra cosa significó el mal paso dado con el toro Estornino.

Hay faenas deslucidas que, realizadas con toros difíciles, mansos o peligrosos, las olvida el público fácilmente y no hieren la reputación del



El espada Tomás F. Alarcón, Mazzantinito, que dio muerte al toro Estornino, de Arribas, lidiado en Madrid el 6 de junio de 1909

Dos famosos toros de bandera que llevaron el nombre de Estornino, y las ansias de gloria que uno de ellos destruyó

torero que las hace; pero cuando se trata de toros de bandera que caen en manos inhábiles para dominarlos, ese mismo público dicta una sentencia condenatoria y sin apelación contra quien no acierta a comportarse a la altura de las circunstancias.



El famoso banderillero de Chiclana Nicolás Baró, que dió muerte en Málaga al toro Estornino, de Picavea de Lesaca, el 18 de junio de 1851

Esto era, al menos, lo que ocurría antes, cuando había más toristas que hoy en la masa de aficionados y se lidiaban toros de verdad, pues actualmente se presta muchísima más atención al torero que al toro, y aquellos ejemplares duros, codiciosos y de bravura imponente, vienen a ser para los aficionados del tiempo presente una especie de entelequia.

Las equivocaciones, o las ineptitudes, con aquellas reses tan bravas, que a veces no podían algunos toreros de nota dominar (recuérdese lo ocurrido, en Madrid también, el 29 de mayo de 1919, con Rodolfo Gaona y el toro Barrenero, de Albaserrada), tardaban mucho en borrar, y eran pasos hacia atrás que daban en su carrera los diestros que tenían la desgracia de sufrirlas. Esto ocurrió con Mazzantinito.

Siguió Tomás manteniendo su valentía y su arrojo mientras vistió el traje de luces; no era mal torero; estoqueaba con acierto y decisión loables, y conseguía frecuentes ovaciones con las banderillas, singularmente al quebrar con palos cortos, de cuya suerte hizo una especialidad; pero su desliz con el toro Estornino pesó sobre él como el *Lasciate ogni speranza*, de que nos habla la *Divina Comedia*.

Otro suceso se registró en dicha corrida madrileña del 6 de junio de 1909: cuando Pepete III (José Gallego Mateo) realizaba una brillante faena de muleta con el toro tercero, asimismo de Arribas, fué cogido, y sufrió una cornada muy grave en el muslo derecho, precursora, con otra gravísima que recibió en Santander cincuenta días después, de

la que le arrebató la existencia en Murcia al año siguiente.

Pero la cornada que el toro de Arribas dió a Pepete se comentó menos que lo ocurrido con el toro Estornino, el cual

constituyó para el pundonoroso Mazzantinito el reposo definitivo de sus ansias de gloria y notoriedad, lanzadas a prueba en no pocas ocasiones, sin encontrar nunca la ideal satisfacción de ellas, pues aunque en 1911 y 1912 realizó verdaderos esfuerzos para mantenerse en la segunda fila, fué arrastrado pronto al modesto lugar que ocupó hasta su muerte, ocurrida el 12 de noviembre de 1916.

Después de aquel día 6 de junio de 1909, bien pudo exclamar con el poeta:

*Los años, ¡ay!, de la ilusión pasaron;
Las dulces esperanzas que trajeron,
con sus blancos ensueños se llevaron,
y el porvenir de oscuridad vistieron.*

DON VENTURA



UNA SOLA FRICCIÓN EXTERMINA EN EL ACTO TODA CLASE DE PARASITOS

El arte y el dominio de JOSELITO

Fué el que más corridas toreó como único espada, y le llamaron Joselito "Matasiete"

CON motivo del reciente éxito obtenido por Luis Miguel Dominguín, se vuelve a hablar en los medios taurinos de que dicho diestro tiene el propósito de encerrarse con seis toros en la Plaza de Valencia en uno de los días del próximo mes de octubre.

De todos los matadores de toros que tuvieron tal gallardía, ninguno de ellos llegó a hacerlo con tanta frecuencia como Joselito, siendo en tal aspecto el que batió el «record».

En los principios de su artística carrera, siendo un niño, toreó y mató seis becerros, con gran lucimiento, en Cádiz, el 14 de mayo de 1911, y ya novillero, el 14 de agosto del siguiente año, despachó en Sevilla seis novillos

Casi recién doctorado, siete toros de Guadalest murieron a sus manos, en Valencia, el 26 de octubre de 1913, e inolvidable fué la tarde que dió en Madrid el 3 de julio del 14, toreando y matando magistralmente otros siete toros del ganadero colmenareño don Julián Fernández, heredero de Vicente Martínez, corrida célebre, en la que José ejecutó faenas maravillosas con los toros Coralino y Presumido, concediéndosele las orejas de ellos y rindiéndosele tirios y troyanos.

Estas dos hazañas del infortunado torero dieron lugar para que se le llamara Matasiete, calificativo que hizo furor, adquiriendo gran popularidad.

Aquel mismo año, en Valencia, el 18 de octubre, estoqueó otras seis reses de Contreras.

Ocho corridas de tal naturaleza toreó en 1915. En Málaga, el 3 de junio, seis bovinos de Medina Garvey; seis murubes, en Andújar, el 4 de julio; el 22 de agosto, en San Sebastián, seis de Santa Coloma; dos días después, otros seis de Murube, en Almagro, y en Alcalá de Henares, el 26, tres del duque de Tovar. Uno de los cuatro anunciados, se lo cedió al banderillero Curro, padre del actual matador de toros Rafael Ortega, Gallito.

El 30 de septiembre, en Sevilla, dió cuenta de seis astados de Santa Coloma, y todas aquellas hombradas las cerró con broche de oro en Valencia, el 17 de octubre, enviando al «desolladero» seis muras! de los que entonces se lidiaban.

No se quedó muy atrás en 1916, pues el 9 de agosto, en Vitoria, se las entendié con cinco toros de Murube y uno de Álaiza.

Durante el mes de septiembre, las Plazas de Almería y Salamanca fueron teatro de idénticas



Joselito, con Paco Madrid, se prepara para hacer el paseo. La foto data de los primeros años de alternativa de José. El banderillero que aparece el primero a la izquierda es aquel formidable peón de brega que se llamó Blanquet, y que fué, con Cantimplas, auxiliar eficazísimo del gran torero de Gelves

hazañas, matando en la primera, el día 6, seis reses del marqués de Guadalest, y en la segunda, el 11, seis cornudos de Saltillo y uno de Amador García.

El 18 de octubre, en Zaragoza, lidió siete reses de Contreras y Bueno, y otros siete de Martínez, en Bilbao, la tarde del 22.

En el año 1917 tomó parte, también como único espada, en cinco funciones, siendo la primera la celebrada en Granada, con seis fieros brutos, de Salas, el 20 de abril.

Con otros seis de Albaserrada y uno de Antonio Pérez se las entendié asimismo en Barcelona el 3 de

junio, y el 24 de este mismo mes, en el caso de la Real Maestranza sevillana, da una buena cuenta de seis toros de doña Carmen de Federico.

Después de un toro de Veragua por un picador de reserva, sólo mató cinco de los seis anunciados el 21 de octubre, en Málaga, y el 24 de junio del siguiente año, 1918, los aficionados de Tolosa presenciaron cómo José toreó y mató cuatro de Martínez.

Fueron en total las corridas en que actuó en España como único matador, hasta dos años antes de su muerte en Ta-

lavera de la Reina, 22, estoqueando 131 toros, no faltando entre los nombres de los ganaderos los de Veragua y Miura.

En casi todas las citadas corridas cortó orejas, y, siendo notabilísimas sus actuaciones, su tarde más gloriosa fué la del referido día 24 de junio, en Sevilla, corrida celebrada a beneficio de la Asociación de la Prensa.

En tan inolvidable función se lidiaron por primera vez a nombre de doña Carmen de Federico los toros de la acreditada ganadería de Murube, y Joselito realizó enormes faenas, cortando las orejas de las reses lidiadas en primero, segundo, cuarto y quinto lugar; un total de seis apéndice auriculares.

La Comisión organizadora de tan memorable fiesta había acordado sortear entre los concurrentes la cabeza del toro mejor lidiado, y el Jurado estuvo compuesto por los famosos ex matadores Joaquín Navarro (Quinito), Emilio Torres (Bombita) y José García (Algabeño).

El Jurado falló que el toro mejor lidiado fué el quinto, no sólo por la gran faena de muleta, sino por la manera admirable de entrar a matar. Además, tuvieron en cuenta que era el toro de más respeto, que achuchaba por el lado derecho y requería a la hora de matar decisión, valentía y conocimiento de la suerte y del toro, y todo ello se vió en José.

Odiosas son las comparaciones; pero los que no llegaron a conocer las dimensiones artísticas de aquel gran torero, con las anteriores líneas pueden darse cuenta de lo que José Gómez (Gallito) fué en el toreo. Han pasado ya veintiséis años desde la desgracia aquella de Talavera, y el recuerdo de José continúa aún, cálido y fuerte, en la memoria de todos los aficionados que tuvimos la suerte de admirarlo...

DON JUSTO

**Balsamo
Hazul**

UNGUENTO ANTISEPTICO
PARA ACCIDENTES Y
ENFERMEDADES DE LA PIEL •

Censura
sanitaria
n.º 3970

QUÉMADURAS - GRANOS
ULCERAS - HERIDAS
VENTA EN FARMACIAS

Según LUIS CALVO, el secreto del toreo está en la cabeza y no en los músculos



DON Luis Calvo se define con verdadera heroicidad de nuestras intenciones.

—¡Vamos, parece mentira que un buen aficionado...!

Esto es poco para convencerle. Su modestia es casi ferroz, aunque su resistencia vaya acompañada de sonrisas amables.

Por fin, nos habla:

—Tengo mucha afición a los toros, pero muy poca a exhibirme y a ser entrevistado. Bastante desgracia tiene uno con esta obligación —casi pública— de vivir de la pluma. Y a ella no se debe añadir la tortura de airear nuestras flaquezas o nuestra vida privada, con fotografías y todo..., como estrellas del cine.

—Hay flaquezas muy simpáticas que merecen airearse, como usted dice...

—Los toros son, en efecto, mi flaqueza... Empecé a jugar con ellos hace unos veinte años, al lado de Juan Belmonte, Ignacio Zuloaga y Juanito Cristóbal, el gran escultor... Juanito Belmonte era entonces un crío... Luego he toreado algo junto a Domingo Ortega. Ya ve usted que tengo buenos amigos en el toreo: Juan Belmonte y Domingo Ortega... No creo que haya habido ni pueda haber toreros tan completos como esos dos.

—¿Prefiere usted el toreo de ayer o el de hoy?

—Del pasado sé muy poco; pero del presente y del futuro quiero decir algo que no se atreverá usted a reproducir. Si el público de hoy no estuviese casi íntegramente compuesto de "nuevos ricos" impúdicos, no hubiera descendido a tanto la fiesta. A esos señores les gusta, como a las chicas de los bares, el torerito del parón, que va dando manotazos con la muleta de un sitio a otro, muy quieto y remilgado, citando al torito de cerca y de lado, o de lejos, para ladearse cuando embiste el toro, y volviéndose luego arrogantemente al público, como diciendo: "¿Eh? ¿Qué tal?" O dando al toro un besito, de rodillas, en el testuz, para que el toro se tumbe más pronto y vaya al otro mundo soñando delicias... Todo esto es ridículo. Los tres tiempos famosos del natural se han convertido en dos, porque no se da el pecho al toro, ni se le manda, ni se le vacía. El toro pasa porque no tiene más remedio que pasar. Está como narcotizado. Hay toreros que exigen que se "afelten" los pitones del toro y se le maceren los cuartos traseros y se suprima, en fin, todo riesgo... El toreo se va haciendo un juego de circo... El día en que se despida de la fiesta Domingo Ortega, que guarda todas las tradi-

ciones de bravura, temple, elegancia natural y dominio, vendrá definitivamente la decadencia; porque de las tonterías de hoy se cansará en seguida el público, complaciente y novelero.

—¿Y cómo cree usted que se evitaría llegar a ese triste extremo?

—Volviendo a otra clase de toros y prohibiendo la entrada en la Plaza a los "nuevos ricos". Para mí, el secreto del torero está en la cabeza y no en los músculos ni en los desplantes. Un torero inteligente es siempre un buen torero. Juan Belmonte triunfó en los toros porque es muy inteligente. Esta clase de toreros se hacen y desarrollan en la meditación. Cuando Domingo Ortega empezaba a ser torero, se pasaba los días y las noches meditando, como un cenobita, en lo que había visto a otros, en lo que había hecho el toro, en lo que tenía que hacer el torero. Esto debe de ocurrir a todos los lidiadores; pero unos son más agudos que otros, unos tienen más inteligencia que otros. Y la inteligencia no es sino esa facultad de relacionar justamente los fenómenos del mundo circundante, esa facultad de ir hilvanando imágenes e ideas con arte espontáneo y rastreando conclusiones pertinentes, sin alejarse de la realidad. Es el arte de los ensayistas ingleses, que juegan con su tema, ya con la fantasía, ya con la erudición; pero con un fin concreto y real y sin añadir peso a lo trivial: "Nūgis addere pondus." Un torero tiene que desarrollar en la Plaza un tema concreto: dominar al toro y no ser por el toro dominado, y matarlo limpiamente. Cuando su inteligencia está verdaderamente sujeta a ese tema, toda contribución accesoria de la fantasía será fecunda. Pero dentro del tema. Los toreros de ahora —como ha dicho Ortega y Gasset— hacen muy bien lo que no se debe hacer. Algo parecido pasa con los escritores que han venido después de Eugenio Montes.

—En teoría está perfectamente estudiada. Podría ser un buen torero; ¿le hubiera gustado serlo?

—No; porque lo que más odio en el mundo es la publicidad. Además, yo tengo muy corta experiencia de torero aficionado, y en esa breve experiencia me he dado cuenta de que yo no tengo inteligencia bastante para ese arte; porque mis reacciones no son rápidas ni eficaces. El torero nace, no se hace. Pero a mí me divierte torear, aunque no sepa ni tenga condiciones.

—¿Cuál es la suerte del toreo que le gusta a usted más?

—La suerte que me gusta más en el toreo es el pase natural; pero no el que ahora se da, sin ton ni son, y porque el público lo pide, sino el pase natural que es necesario dar al toro para castigarlo y dominarlo, al estilo de Belmonte y de Ortega. También he visto dar a Antonio Bienvenida algunos pases naturales excelentes.



—¿Cree usted que los críticos taurinos deberían tener experiencia de toreros?

—Paul Souday, que fué un gran crítico literario en "Le Temps", dijo una vez que él no sabía poner huevos, pero que sabía perfectamente cuándo estaba un huevo podrido. Le había reprochado un

novelista su falta de experiencia literaria, esgrimiendo la razón de que, no habiendo escrito nunca una novela, desconocía los secretos de ese arte. Sin embargo, estoy seguro que en el arte de los toros los críticos no pueden acertar siempre, porque el toro en la Plaza cambia sin cesar. Un crítico que tuviera experiencia de torero sería mejor que un crítico dotado únicamente de la experiencia de espectador. Es lo que le pasa a Antonio Díaz-Cañabate, mi excelente y admirado amigo, y uno de los hombres más finos que yo conozco en esto de juzgar la fiesta. Cañabate sería un crítico perfecto si de cuando en cuando se liara con unas becerrillas bravas. Porque no le falta inteligencia, aunque le sobre miedo... Yo no sé por qué; pero todos los humoristas son miedosos.

—Y tímidos... ¿Cree usted que el fútbol y otros deportes de importación extranjera acabarán con la afición taurina?

—La fiesta de los toros no perecerá nunca. Ya existe una especie de Internacional del Toreo. Aquí tenemos mejicanos, argentinos, portugueses...

—¿Y qué le parecen a usted los toreros extranjeros?

—Ninguno de los toreros extranjeros me parece bueno... Pero esto no interesa a nadie... Lo importante es que la fiesta adquiere cada día más prestigio por el mundo, y que no veo ningún síntoma de ruina, aunque sí de decaimiento... Hay que esperar que venga un día el sucesor de Domingo Ortega... Que es, a lo mejor, otro castellano estupendo: Luis Miguel Domínguez.

EL SALTO DE LA GARROCHA

PAGINAS DE MI ARCHIVO

EL salto de la garrocha, suerte totalmente desterrada del toreo moderno, es un lance muy lucido y difícil, sobre todo cuando se acomete y remata con valor y con arte. Yo puedo certificarlo porque se lo vi practicar a José Lara, Chicorro, que ha sido, según afirman cronistas y revisteros, el que lo ha llevado a cabo con más perfección.

El afán con que he investigado su origen no ha tenido fortuna; pero me inclino a creer acertado lo que consigna José María de Cossío en el tercer volumen de su obra "Los toros", atribuyéndolo a los toreros navarros, y seguramente debe de ser cosa verídica que el primero que aparece realizándolo es Juan Apiñani, banderillero de mediados del siglo XVIII.

Desde luego, en Andalucía era suerte desconocida antes de 1830. Sevilla y Ronda, ciudades que me atrevo a calificar de Covadonga y Sobrarbe del toreo andaluz, estuvieron durante casi un siglo sin disfrutar de tan primorosa modalidad de la tauromaquia. De ello poseo una prueba, de cuya autenticidad no puede dudarse.

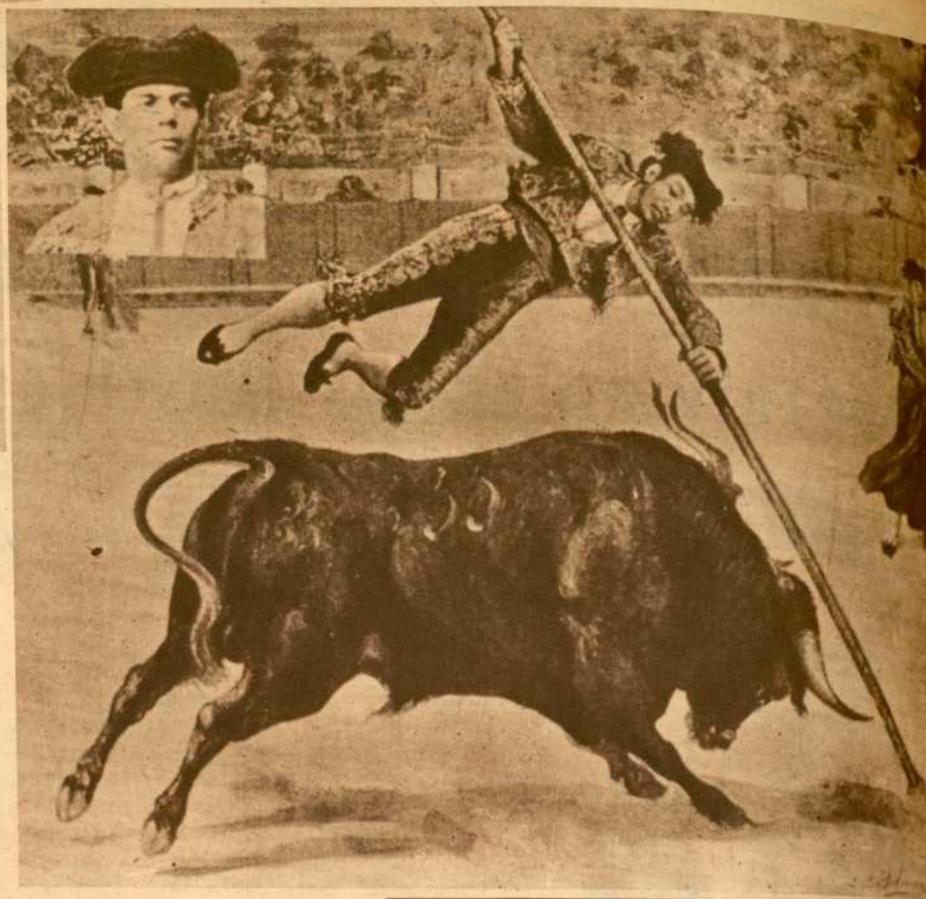
Entre las muchas cartas dirigidas por Pedro Romero al conde de la Estrella, que guardo en mi archivo, hay una —hasta ahora no publicada por mí— absolutamente inédita, que tengo a la vista y que paso a copiar. Dice así: "Sor Conde de la Estrella. - Madrid. - Sevilla, 8 de Septe de 1830. Muy Sor mio y mi favorecedor, tengo a la vista dos de su Sria, la 1ª 27 de Agosto y la 2ª 31 del mismo. En cuanto a la prima doy a V. S. gracias por la carta de recomendación que me incluyó por el Sor Intendente. Se la entregué inmediatamente, la leyó a mi presencia y me ofreció sus facultades y cuanto pudiere servirme. Le di las gracias que eran de-

vidas, mas yo procuraré no molestarle. En otro correo contestaré a V. S. Sre. otros particulares que trahe otra carta. La del 31 me avisa V. S. la gracia que S. M. se ha dignado concederme sre. mi retiro en Rentas que tenia anteriormente y que han pasado las ords al Sor Tesorero Gral de todo lo cual doy a V. S. las gracias por el inte-

rés que se toma a mi favor. El Lunes seis del corrte, huvo aqui una corrida de toros; fuy a verla; sin embargo de lo que V. S. me prevenia en la suya, los toros no valieron nada, los toreros lo mismo; lo único que huvo que ver **fué un muchacho que ofreció matar dos toros y saltarlos sin embargo no fué cosa por lo que toca a la muerte; lo que si fué particular fue que cuando llegó la hora de saltar al toro, esperó que estuviera en medio de la plaza; el toro era medio manso, y por más que se arrimaba a él sin auxilio de nadie, le envistió y le saltó muy vien; el segdo toro era bravo; después que lo picaron y banderillaron, tomó la garrocha otra vez, estando el toro en medio de la plaza, se partió en cuanto le vió y le dió un salto tan limpio que entró por medio de la frente y salió por la cola con muchísima serenidad. Es lo que huvo que ver y recibí mucho aplauso, pr que era una suerte nunca vista en esta plaza. Es cuanto tengo que participar a V. S. pr ahora; me alegraré que su Sria lo pase vien, y en el ínterin puede mandar a este sus agradecido y sego servidor Q. S. M. B. - Pedro Romero. - P. D. La Plaza de Tauromaquia no está concluida, se sigue trabajando en ella con actividad; discurro se concluirá en todo el mes luego que se verifique que se lo participaré a V. S."**

Del contenido de esta epístola se deduce claramente que el salto de la garrocha era desconocido en los ruedos del Mediodía de España. La autoridad del incomparable matador rondeño es más que suficiente para acreditarlo. Desde los tiempos de su padre, Juan Romero, que se remontan al comedio del siglo XVIII, fué Pedro, durante el último tercio de dicha centuria, la figura más importante de la vida taurina, y actuó más que ningún diestro en las Plazas andaluzas; y de haberse conocido en el espacio de tantos años el referido salto, no habría afirmado tan rotundamente que era la primera vez que se daba en Sevilla; y si se hubiera practicado en Ronda u otros circos andaluces, él, tan minucioso en sus narraciones, no hubiera dejado de mencionarlo.

Lo que me produce extrañeza es que al relatar el episodio no consigne el nombre del torero que con tanta limpieza y brillantez remató la suerte. Y no pudo ser Blas Meliz, apodado Blayé y Minuto, porque este gran banderillero nació en Valencia en 1818, y el 1830, fecha de la carta de Romero, solamente contaba doce años de edad. Tampoco pudo ser Montes, porque, de haber sido, no lo hubiera sigilado su maestro, que tanto le quería y que nunca economizó elogios para su más glorioso discípulo. Si en alguna parte consta quién fué, yo no lo he logrado averiguar. El que tenga la buena suerte de encontrar la revista de la corrida que señala Romero, si es que se publicó, podrá esclarecer este punto. Yo la he buscado; pero no he logrado hallarla.



Chicorro fué un torero desigual, que tuvo fama de dominar el salto de la garrocha...

En el último tercio del siglo XIX es la época en que termina de darse el salto de la garrocha. Todos los escritores taurinos coinciden en que quien lo practicó con más arte y bizarría fué Chicorro, al que, como he dicho antes, se lo vi dar muchas veces; pero hubo otro torero de menos categoría y de mediano mérito, Angel Villar (a) Villarillo, que lo remataba tan limpiamente, que poco tenía que envidiar a José Lara. También tuve ocasión de verle y aplaudirle, y, sin embargo, sus biógrafos nada dicen de esta habilidad, única que poseía. Rindiendo merecido tributo a la justicia, he querido recordar al modesto lidiador.

NATALIO RIVAS

De la Real Academia de la Historia.



El novillero Calabuig acaba de resucitar la olvidada suerte, ejecutándola con gran limpieza hace dos domingos en la Plaza de Barcelona



Juan Romero, Saleri, murió en la Plaza de Méjico al dar el salto de la garrocha, suerte que dominaba el infortunado diestro...

Una anécdota de Juan Belmonte

El gran amigo el ilustre ex ministro y académico de la Historia don Natalio Rivas, tan grato a los lectores de estas páginas de EL RUEDO, ha tenido la bondad de escribirme a propósito de mi artículo *Miedo y valentía de los toreros*, publicado en el número 111 de esta Revista; y no ciertamente para rebatir mi tesis, sino, antes al contrario, para robustecerla con su experiencia valiosa de buen aficionado y con el regalo de una anécdota por demás interesante.

No hay que decir que, recibida la carta, me faltó tiempo para visitar a don Natalio. Siempre puse el pie con admirable respeto en el hogar del bondadoso amigo. Aquella casa, que durante tantos años fué albergue de una de las más interesantes tertulias históricas, tiene para mí el carácter de un museo, donde siempre se aprende con el hechizo sin par de las cosas muertas, galvanizadas en recuerdos vivos. Por allí pasaron, y allí han dejado las huellas de su espíritu, las más excelsas figuras de la política, de las armas, de las letras y de los toros. En su biblioteca, colmena curiosa de solas curiosidades, tienen los toreros sus cédulas, como tienen su rincón los poetas en la Abadía de Westminster. Allí trabaja don Natalio, en su soledad fecunda, con el gozo juvenil de los veinte años que empiezan antes que con la fatiga mental de los ochenta que acaban...

Tan embobado está en su labor que ni por asomo advierte mi presencia. Como no quiero interrumpirle, me siento cerca de él y procuro, al hacerle, evitar todo ruido para no distraerle. Así le observo a mi placer durante algunos minutos de silencioso recogimiento. Inclinado sobre las cuartillas, don Natalio escribe, escribe y más escribe. Su letra, ancha y firme, resaca el papel con trazos fijos, exactos, sin tachaduras ni enmiendas. Es su pensamiento traducido en signos que fluyen ordenados de su mente, como el manso discurrir del agua en la fontana. No se oye en la estancia otro ruido que el del punto de la pluma, proa de la mente, al navegar por la blancura del papel. Yo mantengo mi actitud expectante.

Al cabo sobreviene una pausa. Levanta la cabeza el escritor y me mira de sorpresa.

—¡Hola! ¿Está usted ahí?
—Aquí me tiene, don Natalio. He venido justamente a la hora de la cita...

—Tan abstraído estaba en lo que hacía que no le he sentido venir... Estas cuartillas son las de mi nuevo libro *Vida de José María el Tempranillo*, cuya publicación deseo acelerar...

Me pongo de pie. Don Natalio me recibe con un suave gesto afectuoso.

—De ningún modo. Una pausa para el trabajo es cosa buena tratándose de usted. Tome usted un cigarrillo.

Y me alarga uno enrollado en papel negro. Se inclina sobre mi mano derecha y enciende su pitillo sobre mi encendedor. Da una chupada y agrega:

—He leído en EL RUEDO un artículo de usted titulado *Miedo y valentía de los toreros*. En ese trabajo hace usted una distinción entre el sentimiento del valor disciplinado, producto del espíritu, y la ciega intrepidez del coraje, producto de la materia. En cada uno de esos dos aspectos de la valentía de los toreros señala usted los nombres de los que, a su juicio, mejor los representan. El primero empieza, según usted, en Pedro Romero y termina en Escalante; el segundo se inicia con Pepeullo y acaba con el Espartero. Y entre ambas corrientes, como nexo y re-

sumen de las dos categorías del valor, coloca usted la figura cumbre de Juan Belmonte, síntesis suprema del arrojo ante el miedo... ¿No ha sido ese el pensamiento de usted?

—Lo interpreta usted a maravilla, don Natalio.

—Pues bien; a medida que entraba en la lectura

del artículo creía encontrar en él, por venir como anillo al dedo, la sabrosa anécdota de Juan conmigo. Estoy seguro de habérsela contado.

Protesto. No tengo la menor idea de tal anécdota, y así se lo digo a mi complaciente interlocutor. Don Natalio, extrañado, atribuye el caso a veleidades de mi memoria, y a ruego mío repite —repetición, según él— lo que ya me tenía contado.

Cuando don Natalio habla en su biblioteca, su voz, bien timbrada, resuena en sus recovecos, donde parecen escuchar Sagasta, Moret, Castelar, Gaxarre, Cajal, Zorrilla, Lagartijo, Mazantini y otras celebridades presentes en efigie. Yo aguzo mis oídos con plena delectación.

—Usted sabe —me dice— mi amistad entrañable con Juan Belmonte. A esta casa ha venido siempre como a su propia casa y en ella ha encontrado en mi familia el calor de su familia misma.

Sabido esto, no es extraño que le diga que en el tiempo inolvidable de su gloria torera, y siempre que otros deberes no me lo estorbaban, acudía yo impenitentemente a las ferias y corridas provincianas donde el acontecimiento Belmonte era el asombro de los públicos. El afecto al amigo y mi pasión por su bravura me traían y me llevaban con él.

En 1914, con motivo de la feria de septiembre en Albacete, me trasladé a la capital de la Mancha con mi hijo Pedro, niño entonces de catorce años, que tuvo la ilusión de acompañarme para ver torear a nuestro amigo. Hospedados en la misma fonda que Juan, quiso mi chico satisfacer una curiosidad muy corriente: la de ver al torero vestirse de luces. Juan, encantado, accedió al deseo de mi muchacho y se vistió ante él. Yo estaba presente. La curiosidad de mi Pedro crecía con los detalles de la complicada ceremonia; pero cuando llegó al límite de su asombro fué en el momento en que le vi ceñirse la faja. Usted sabe que la faja, fuertemente sujeta por un extremo al talle del matador, es alantada en toda su extensión por el otro en manos del mozo de espadas. El torero gira sobre sí mismo, da unas vueltas veloces, y al cabo de ellas queda ceñido, preso y envarado en una seda más eficaz para el caso que el acero mismo. Mi chico le contemplaba pasmado, sin comprender cómo podía respirar dentro de aquel cilicio, y mucho menos cómo podía correr en la brega de los toros.

Juan le dijo entonces:

—Pues todo esto, Perico, se nos queda ancho a los toreros cuando sale el primer toro.

Lo sorprendente de esta afirmación en labios de un torero tan bravo me hizo intervenir:

—¿Lo dices en serio o en broma?

—¡Lo digo con toda mi alma! El torero que le diga a usted que en su oficio no siente el miedo, le engaña. La gente dice que yo no lo conozco; y yo le digo, lisa y llanamente, que de camisa para dentro luché con él y le puedo.

Así desnudaba Juan Belmonte su alma valerosa ante un niño de catorce años. Su *miedo heroico*, así confesado, le enaltece tanto más cuanto que sentir su garra en lo humano es tan natural como sobrenatural la victoria de la voluntad sobre el instinto.

FEDERICO OLIVER



Juan Belmonte



Inocente
es el vino para coppear

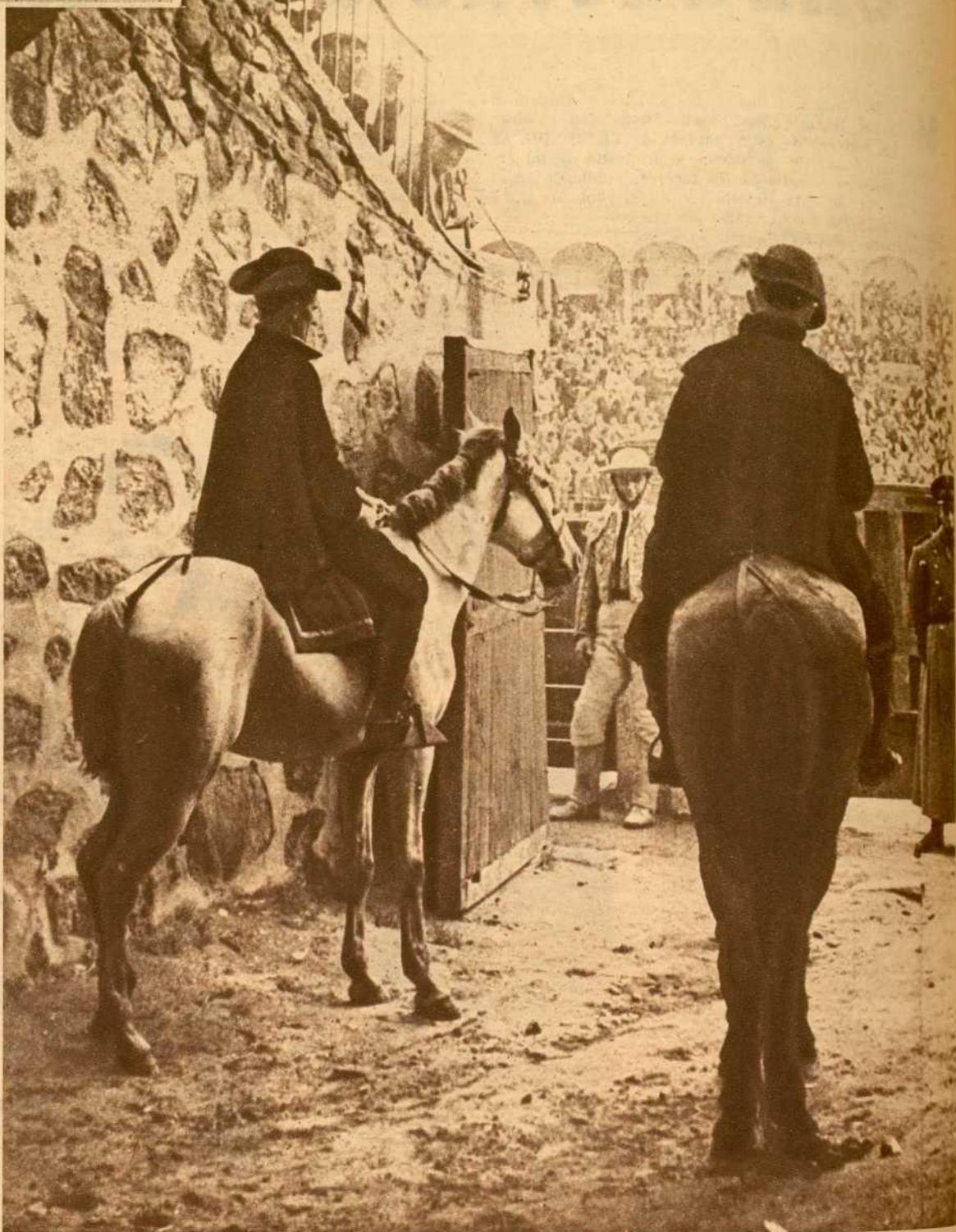


VALDESPINO
JEREZ

EL PLANETA de los TOROS

LOS ALGUACILILLOS

SEGUN José María de Cossío, «las intervenciones de los alguacilillos en las fiestas de toros es consecuencia inmediata de la presencia de la autoridad en la Plaza, y, sin duda, desde que ésta ha asistido a regentar la fiesta, ha utilizado sus agentes para ejecutar sus órdenes». Añade que «durante la corrida y desde la barrera reciben y comunican las órdenes del presidente a los lidiadores». Pero esto, hoy día, sólo ocurre en Madrid. En la mayor parte de las Plazas no existen alguacilillos, y en las que salen al frente de las cuadrillas, su misión es puramente decorativa y se esfuman una vez concluido el paseillo. No me detengo en esta cuestión porque no me interesa. Cumplir las órdenes presidenciales cualquier agente de policía, uniformado o no, puede transmitir las. Ahora bien, los alguacilillos me parecen imprescindibles para el decoro y vistosidad de los preliminares inmediatos de la fiesta. Hace pocos días, en una Plaza importante y magnífica, en sus corridas de feria, salió, precediendo a los toreros, un señor tocado con sombrero flexible, chaqueta color camela y un pantalón de calle oscuro. Tan extraño jinete iba montado en un mal jamelgo. Esto me parece intolerable. ¡Todavía si siquiera se hubiera puesto un sombrero ancho! Pero pedir la llave mostrando el forro sucio de un sombrero flexible, más que pedir la llave del toril semejaba que mendigaba unos céntimos. El sombrero flexible, tan feo de por sí, acrecentaba su fealdad, en contraste y al lado de las monteras y los vestidos de torear, tan rutilantes y gloriosos, brillando al fuerte sol murciano. Los alguacilillos, vestidos a la moda del reinado de Felipe IV, son absolutamente indispensables para efectuar el simbólico despejo de la Plaza y marchar después a la cabeza de las cuadrillas. No son tolerables ni los jinetes ataviados a la manera del campo andaluz. Para que el deslumbrador y bellissimo paseo tenga su importancia, es necesaria esa ropilla negra, severa y elegante, que da empaque señorial, aun a los humildes varones contratados o voluntarios para tal fin. Des-



de luego, no es muy seguro que nadie saliera vestido así, ni en tiempo de aquel cuarto don Felipe ni en ningún tiempo, pero ello no obsta, porque lo interesante es que el marido pueda decir a la mujer cuando ésta le pregunta al ver salir a los alguacilillos:

—Oye, ¿y esos quiénes son?

—Pues, los alguacilillos.

—Pepe, ¿te crees que soy tonta? Ya sé que son los alguacilillos.

—Entonces, ¿a qué me lo preguntas?

—Porque lo que te digo es que por qué salen vestidos así.

—¡Ah, eso es otra cosa! —y el marido, posiblemente satisfecho y en voz alta, para que se percaten de su cultura los vecinos de localidad, informa—. Salen vestidos así porque en tiempos del rey poeta...

—¡Ay, que gracia! —interrumpe la mujer, que no es de las que han estudiado Filosofía y Letras—. ¿Pero hubo un rey poeta?

—Sí, mujer, sí, también conocido por Don Felipe IV.

—¿Y qué versos hacía? Anda, Pepe, tú que lo sabes todo, dime uno.

—Pero, bueno, ¿qué es lo que quieres saber, que yo me entere? ¿Quiénes eran los alguacilillos o quién era Felipe IV?

—Las dos cosas, que el saber no ocupa lugar.

—Bien, bien; cállate, que ya ha salido el primer toro; fíjate qué bonito es.

Los alguacilillos despertarán mucha curiosidad en toda esa parte del público —cada vez más numerosa en las Plazas— que va a los toros con el mismo interés que a las luchas libres o al folklórico espectáculo titulado «Cielo azul de España, 1946». A pesar de esto, no cabe duda que los alguacilillos dan tono al desfile de las cuadrillas. Caudense, por tanto, las Empresas de alquilar dos trajes, muy Felipe IV, en cualquier guardarropía teatral, que eso es barato, y siempre encontrarán por ahí dos caballeros que, con tal de ver la corrida gratis, se presten a disfrazarse de alguacilillos y a montarse en dos pencos, que no sean excesivamente fogosos, no les vaya a ocurrir lo que les pasó este año en Vitoria a los alguacilillos, que van y salen para hacer el despejo y se lían a correr alrededor de la barrera, uno en una dirección y el otro en la contraria, y la gente venga a jalearlos, y ellos a espolear a los caballos, y al fin deciden unirse en el centro del redondel; y tanto se unieron que chocaron los jamelgos y cayó que te van por los aires los dos alguacilillos. Lo cual que causó gran regocijo entre los espectadores. Por todo esto y muchas más razones, los alguacilillos son tan necesarios como las señoritas con mantilla y mantón de Manila.

ANTONIO DIAZ-CANABATE



POR LOS RUEDOS DE ESPAÑA

Magnífica corrida la de Beneficencia en Madrid.-Parte de la Plaza de Valencia destruída por un incendio.-Un espontáneo cogido en la Plaza de las Ventas. Andalúz se traslada a Sevilla

El jueves, día 19, se celebró en Madrid la corrida de Beneficencia. Asistió el Caudillo, que fué aclamado con entusiasmo por el público que llenaba totalmente las localidades. Alvaro Domecq rejoneó, toreó y mató bien un toro de Bohórquez. Dos orejas y vuelta. Gitanillo de Triana cortó la oreja del primero y cumplió en el quinto. Manolete, ovación en el segundo y dos orejas, dos vueltas al ruedo y salida a los medios en el sexto. Antonio Bienvenida, pitos en el tercero, y palmas y pitos en el séptimo. Luis Miguel Dominguín, oreja, vuelta y salida al tercio en el cuarto, y dos orejas y salida en hombros en el octavo. Los toros de la lidia ordinaria fueron de Carlos Núñez.

—En Valladolid. Novillada de feria. Reses de Molero. Pepe Anastasio, ovación. Carlos Jiménez, aplausos y regular. Diamantino Vizéu, ovación y regular. Paco Muñoz, dos orejas y rabo, y oreja. Alejandro García, aplausos y aplausos.

—En La Jirata. Novillos de Navascués. Vicente Molina, oreja y ovación. Rafael Gómez, Rafaelete, oreja en los dos.

—En Cazorla. Paco Aquado, bien. Pedro Mesa, vuelta al ruedo y un aviso.

—En Cantimpalos. Novillos de Sánchez. Durán Guerra cortó orejas y rabos, y salió en hombros.

—El sábado, día 21, hubo corridas de toros en Logroño y Salamanca, y novillada en Oviedo.

—En Logroño. Toros del Conde de la Corte. Juan Belmonte, bien y oreja. Luis Miguel Dominguín, dos orejas, y dos orejas y rabo. Parrita, oreja, y dos orejas.

—En Salamanca. Toros de doña María Sánchez de Muriel. Antonio Bienvenida, regular y bien. Toscano, cumplió. Borira, pitos y bronca.

—En Oviedo. Novillos de Silverio Fernández. Pedro Robredo, vuelta y vuelta. Manolo Navarro, regular y bronca. Antonio Caro, vuelta y vuelta. A Caro se le concedió la Oreja de Oro de la Asociación de la Prensa.

—En Sevilla se celebró el homenaje a la memoria de Eduardo Liceaga. Seis uteros donados por los ganaderos Domecq, Concha y Sierra, Felipe Bartolomé, Juan Belmonte, Bohórquez y Guardiola. Balderas, aplausos, Andalúz Chico, ovación. Paco Rodríguez, ovación. Manuel González, ovación. Chatito Mora, vuelta al ruedo. Vizéu, ovación. Banderillearon Arruza, Morenito de Talavera, Sánchez Mejías y Paquito Casado.

—Un incendio destruyó parte de la Plaza de Toros de Valencia. Las pérdidas se valúan en un millón de pesetas.

—El domingo, día 22, se lidiaron en Madrid seis toros de Ignacio Sánchez. Félix Rodríguez toreó distancia a sus dos toros. Toscano, movido en uno y valentón en otro. Luis Mata, oreja y breve. El quinto toro cogió al espontáneo Daniel Núñez y le fracturó el pie izquierdo.

—En Ecija. Toros de Felipe Bartolomé. Arruza, dos orejas y rabo, y ovación. Julián Marín, dos orejas y rabo, y vuelta. Choni, ovación y pitos.

—En Logroño. Toros de Domecq. Alvaro Domecq, oreja. Luis Miguel Dominguín, orejas y rabo, y aplausos. Estrada, mal y ovación. Vito, vuelta y ovación.

—En Valladolid. Un novillo de Belmonte y seis toros de Pablo Romero. Conchita Cintrón, oreja. Gallito, mal y mal. Morenito de Talavera, regular y pitos. Pepín Martín Vázquez, orejas en los dos.

—En Lorca. Un novillo de Santos y seis toros de Galache. Pepe Anastasio, vuelta. Pepe Bienvenida, mal y dos avisos. Gitanillo de Triana, mal y mal. Belmonte, orejas y rabo, y aplausos.

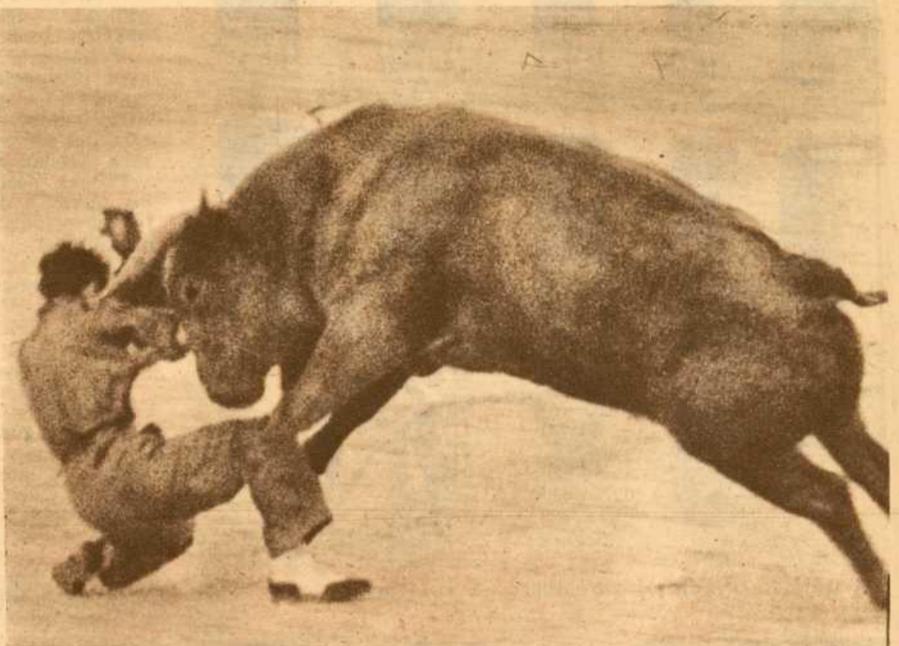
—En Requena. Toros de Bernaldo de Quirós. Curro Caro, valiente y regular. Cañitas, oreja, y orejas y rabo. Antonio Bienvenida, oreja y aplausos. Angelete, oreja y aplausos.

—En Barcelona. Un novillo de Hoyo de la Gitana, tres de la Cova y tres de Albarrán. El rejoneador Balañá, ovación. Pedro Robredo, oreja y ovación. Antonio Caro, vuelta y ovación. Pablo Lalandá, ovación y aplausos.

—En Alicante. Novillos de Guardiola. Honrubia, orejas y ovación. Marcilla, silencio y palmas. Antonio Vargas, silencio y silencio.



El Andalúz, convaleciente en Zamora, aparece en la foto con el doctor Crespo, hijo, que le curó la grave cornada. (Fot. Somoza)



En la corrida del domingo se registró la nota, un poco trasnochada ya, de la aparición en el ruedo de un espontáneo. El pobre muchacho sufrió un accidente grave, y esta consideración nos veda hacer de su actuación la repulsa que instintivamente sentimos hacia quienes irrumpen en el ruedo y perturban la lidia sin ninguna consecuencia grata ni eficaz para ellos

—En Mula. Novillos de García. Pedrín Moreno, oreja, y orejas y rabo. Márquez II, palmas y oreja.

—En Zaragoza. Novillos de Ortega. Faraón, ovación y vuelta. Pericás, oreja y aplausos. Paco Muñoz, dos orejas, dos orejas y salida en hombros.

—En Fregenal de la Sierra. Novillos de doña Enriqueta de la Cava, Manuel González, vuelta y ovación. Chatito Mora, palmas y vuelta. Vizéu, dos vueltas y palmas.

—En Ciudad Real. Novillos del Conde de Las Navas. Angel Soria, ovación y orejas, y rabo. Pedro Mesas, Estudiante, dos orejas y rabo, y aplausos.

—En Villamartín. Novillos de Sánchez. Antonio Galisteo, oreja. Morenito de Ubrique, oreja. Curro Galisteo, dos orejas.

—En Aravaca. Novillos del Marqués de Tolosa. Gitanillo de Vía, regular. Paco Alfonso, orejas, rabo y salida en hombros. Paco Barón, ovacionado.

—En Huete. Novillos de Pedro Hernández. Emilio Escudero cortó orejas y salió en hombros.

—En Belmonte de Tajo. Novillos de Casado. Vicente Guerrero cortó orejas y rabo, y fué sacado en hombros.

—El lunes, día 23, se celebró la tercera de feria en Logroño. Toros de doña Carmen de Federico. Antonio Bienvenida, pitos y pitos. Pepín Martín Vázquez, oreja y bien. Parrita, aplausos y dos orejas.

—Andalúz, muy mejorado, llegó a Madrid y salió para Sevilla.

BLENOCOL

Protege al hombre

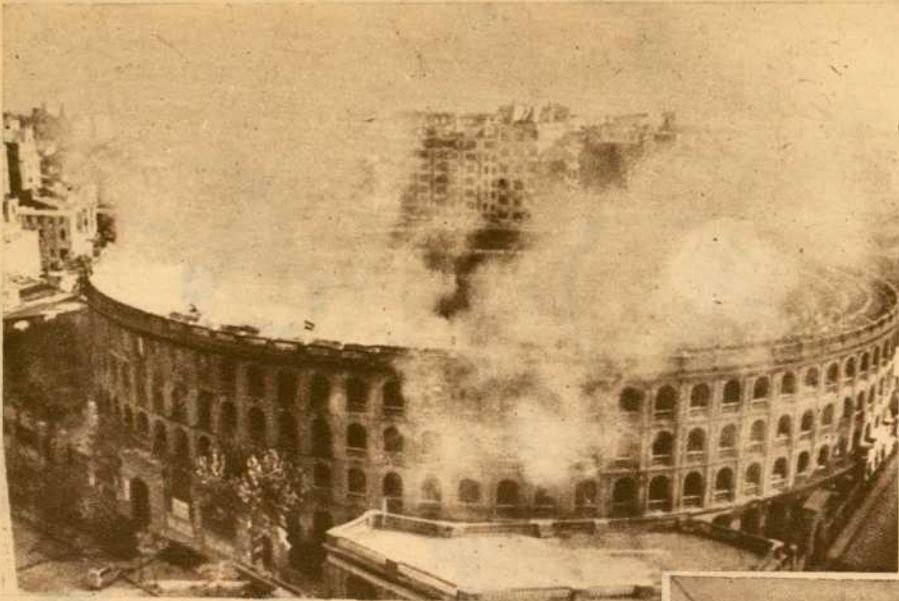
BLENOCOL es un producto registrado; rechaza todo profiláctico que no lleve la marca BLENOCOL



C.S. nº 7327

B. B.

UN INCENDIO HA DESTRUIDO EN GRAN PARTE LA PLAZA DE TOROS DE VALENCIA



Aspecto que ofrecía la Plaza de toros de Valencia durante el siniestro



El gentío presenciando el avance de las llamas



El público ayuda a los bomberos a sofocar el fuego

EN la tarde del 21 del actual un incendio llenó de alarma al pueblo valenciano:

—¡Es la Plaza de Toros, que está ardiendo!—decían consternados los habitantes de la bella ciudad levantina. Y hacia la calle de Játiva se dirigían presurosas las gentes, que contemplaban el pavoroso incendio y sentían el dolor de presenciar la destrucción del soberbio edificio, que amenazaba quedar convertido en pavesas.

Poco a poco se fueron organizando los servicios de extinción —insuficientes al principio—, y a primera hora de la noche el fuego había quedado sofocado y se había logrado salvar de las llamas una gran parte de la soberbia construcción, que data de 1860, y con su capacidad para 16.851 espectadores, es una de las mejores y más alegres de España.

Afortunadamente, los daños van a ser reparados con la mayor actividad, y Valencia gozará pronto de su espectáculo favorito, porque en ello está empeñado el interés de los valencianos.

Se nos asegura que, de momento, se harán rápidamente las obras necesarias para que puedan celebrarse espectáculos, y luego, aprovechando el descanso que impone el invierno, se repararán totalmente las mil quinientas localidades que han quedado destruidas, y se procederá al revoco total de la histórica y airosa Plaza, cuyo siniestro sentimos cuantos amamos la fiesta nacional, que tiene en Valencia un exponente alto de tradición y prestigio.

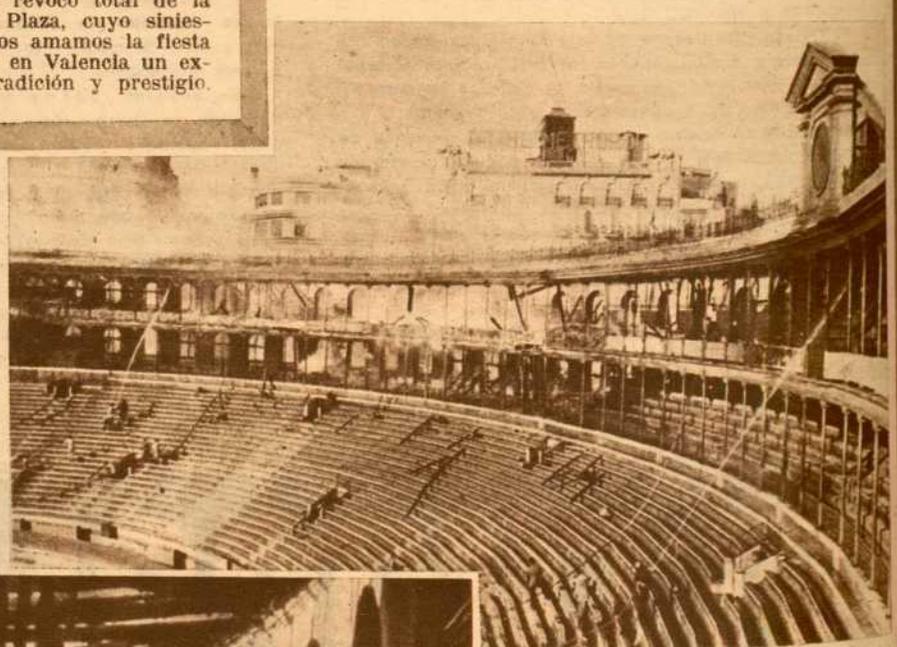


Los bomberos, desde los tendidos, enfocan las mangas hacia los palcos y andanadas en los que el fuego había hecho presa



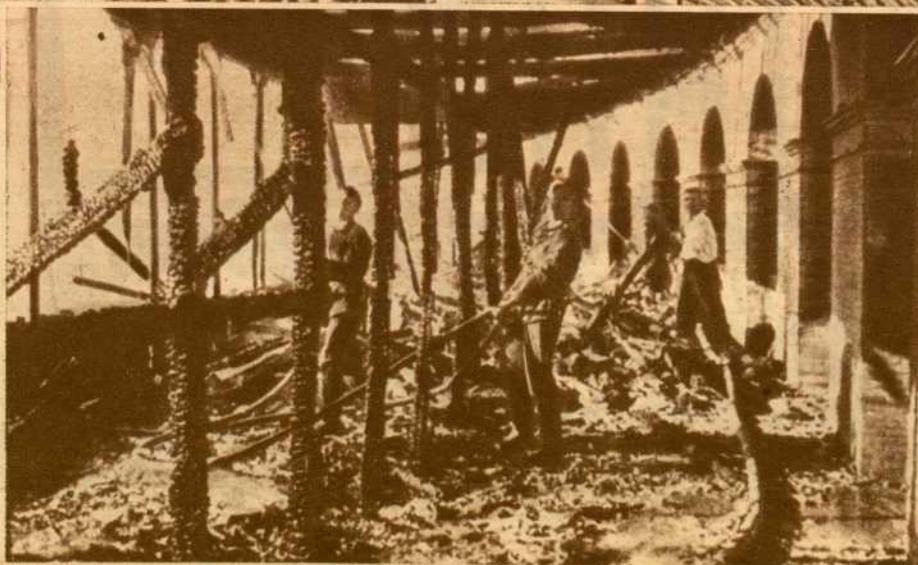
Los bomberos extinguen los últimos focos del incendio desde los pasillos de los palcos, y envían el chorro de las mangas a las vigas carbonizadas

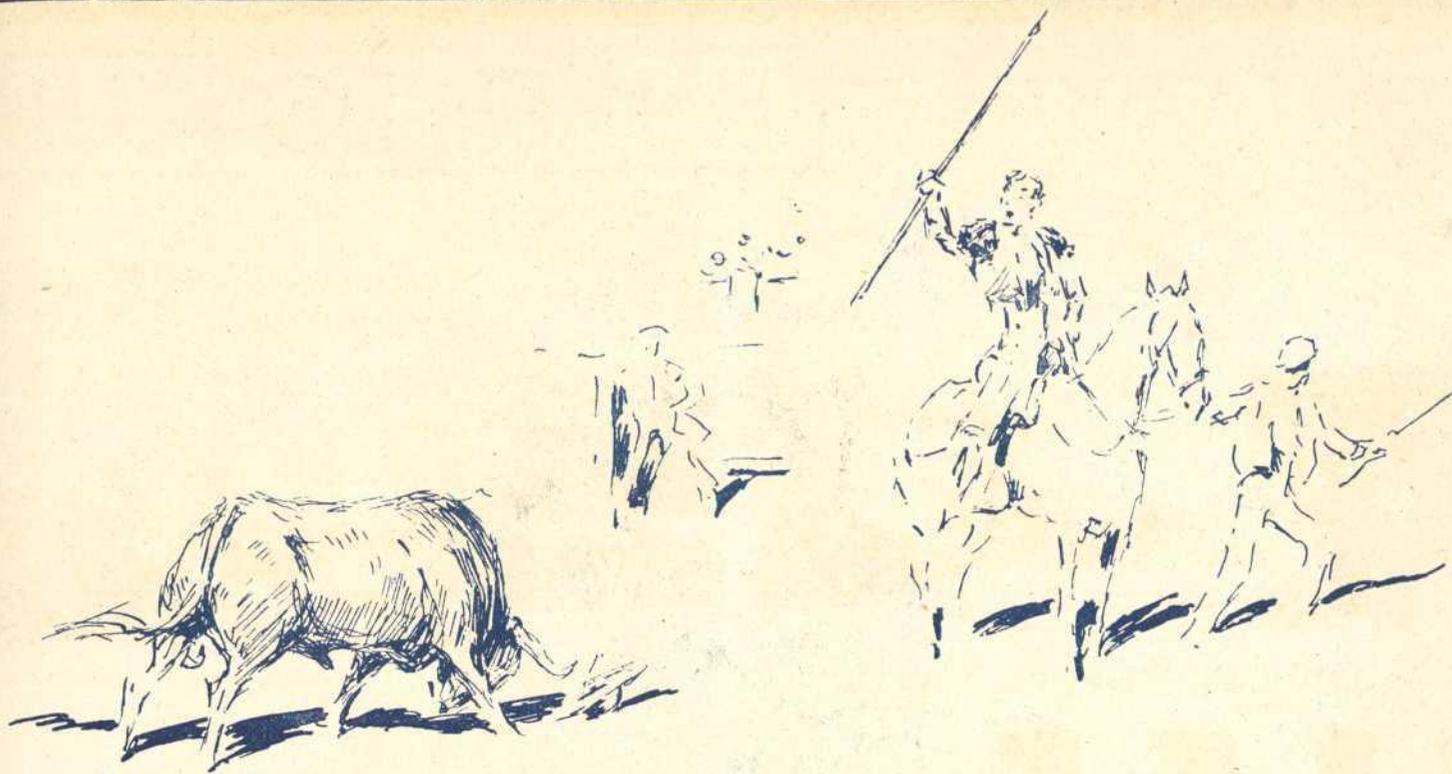
(Fots. Vidal)



Un aspecto del incendio, cuando las nubes de humo despejaron un poco el cielo de la Plaza

Aspecto que presentaban los pasillos de palcos y andanadas, después de que éstos quedaron totalmente destruidos





JAAVEDRA

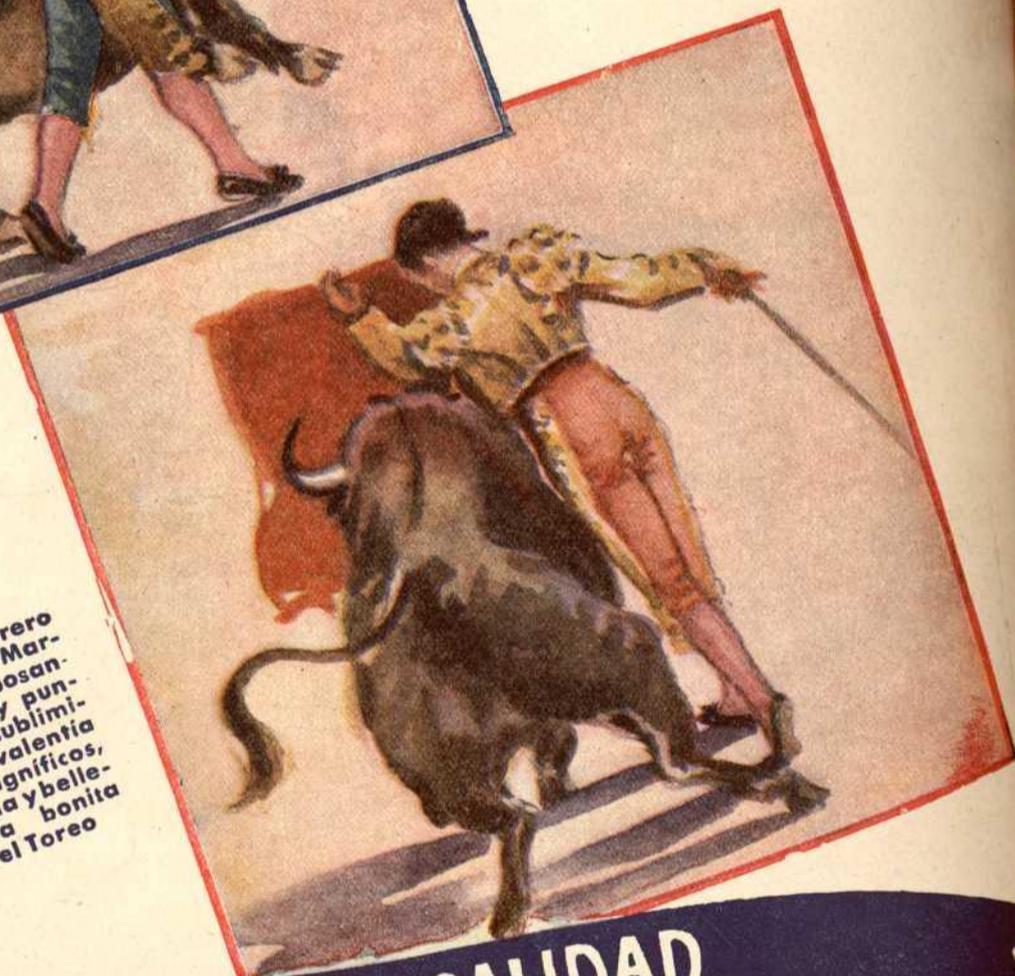
SUERTES DEL TOREO

EL PASE DE PECHO

EL FUNDADOR...Y SUS SEGUIDORES



Antiguamente, o sea, en la época clásica del Toreo, en las faenas de muleta sólo existían dos pases: el natural o regular y el de pecho, casi siempre con la mano izquierda. Fueron muchos los toreros que lo realizaron, pero ya dentro de este siglo uno de los que con mayor gallardía y justeza ejecutaba el pase de pecho fué Rafael González, Machaquito



Hoy es el fino torero sevillano Pepín Martín Vázquez, rebosante de afición y pundonor, quien sublimiza, con una valentía y un arte magníficos, la arrogancia y belleza de esta bonita suerte del Toreo

...Y PARA CALIDAD

COÑAC FUNDADOR

DOMECQ